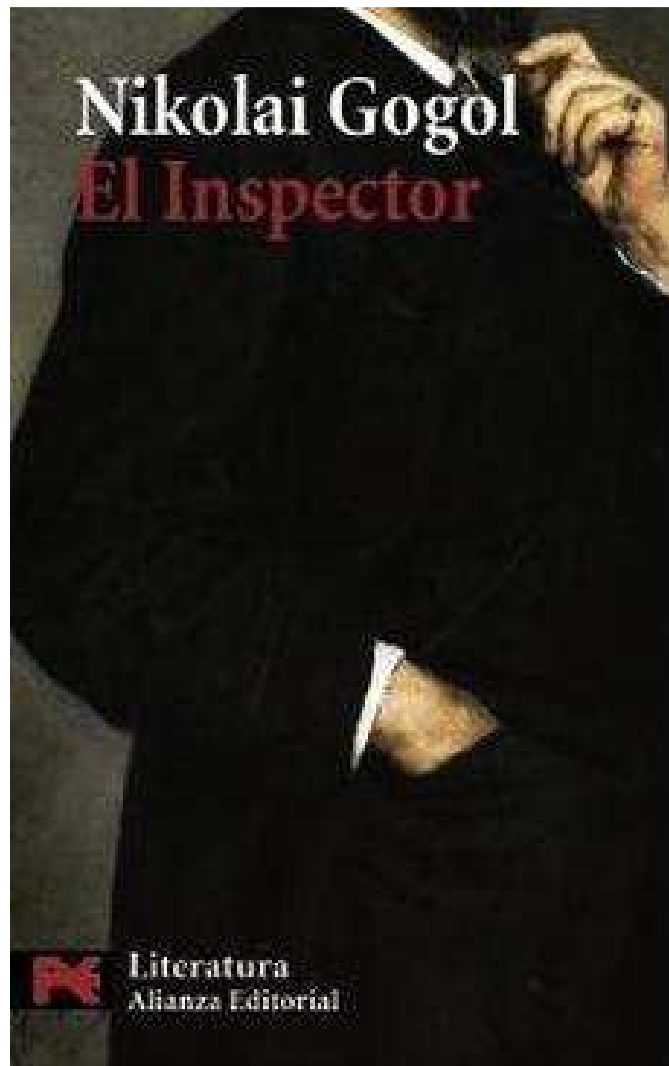


EL INSPECTOR

NIKOLAI GOGOL



No culpes al espejo si tu rostro es deforme.
DICHO POPULAR.

PERSONAJES

ATON ANTÓNOVICH SCVOZNIK-DMUJANOVSKY, alcalde.
ANA ANDREEVNA, su esposa.
MARÍA ANTÓNOVNA, su hija.
LUKÁ LÚKICH JLÓPOV, supervisor de escuelas.
SU ESPOSA.
AMOS FÉDOROVICH LIAPKIN-TIAPKÍN, juez.
ARTEMIO FILÍPOVICH ZEMLIANIKA, director del hospital.
IVÁN KÚSMICH SHPEKIN, jefe de Correos.
PETR IVÁNOVICH BÓBCHINSKY
PETR IVÁNOVICH DÓBCHINSKY hacendados del pueblo.
IVÁN ALEKSÁNDROVICH JLESTAKOV, funcionario de San Petersburgo.
OSIP, su criado.
CRISTIAN IVÁNOVICH GÍBNER, médico local.
FÉDOR ANDREFVICH LIÚLIOKOV
IVÁN LISAREVICH RASTAKOVSKY retirados funcionarios y notables
del pueblo
STEPÁN IVÁNOVICH KOROBKIN
STEPÁN ILICH UJOVÉRTOV, jefe de policía.
SVISTÜNOV
PÚGOVITZIN vigilantes.
DERJIMORDAJ
ABDULIN, comerciante.
FÉVRONIA PETROVÑA POSHLÉPKINA, la mujer del carpintero.
LA ESPOSA DEL SUBTENIENTE. .
MISHKA, criado del alcalde.
CAMARERO DE LA POSADA.
INVITADOS, MERCADERES, BURGUESES, PETICIONANTES

ACTO PRIMERO

Habitación en casa del alcalde

Escena Primera

El ALCALDE, el DIRECTOR DEL HOSPITAL, el SUPERVISOR DE ESCUELAS, el JUEZ, el JEFE DE POLICÍA, el MÉDICO, dos VIGILANTES.

ALCALDE: —Los he invitado, señores, para comunicarles una noticia muy desagradable: viene un inspector

AMOS FÉDOROVICH: —¡Qué! ¿Un inspector?

ÁRTEMIO FILÍPOVICH:—¡Qué! ¿Un inspector?

ALCALDE: —Un inspector de San Petersburgo, de incógnito. Y, para colmo de males, con instrucciones secretas.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Esa sí que es buena!

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Como si tuviéramos pocas preocupaciones!

ALCALDE: —Se diría que yo lo presentía: durante toda la noche soñé con dos enormes ratas. ¡Palabra de honor que nunca vi sabandijas semejantes! ¡Eran de un tamaño descomunal! Vinieron, husmearon... y se fueron. Voy a leerles la carta que acabo de recibir de Andrei Ivánovich Chmíjov, a quien usted conoce, Artemio Filípoovich. He aquí lo que me escribe: "Querido amigo, compadre y benefactor..."

(Murmura algo, leyendo rápidamente con la vista.) "... y para informarte". ¡Ah, aquí está!; "Me apresuro en informarte, por lo demás, que ha llegado un funcionario con instrucciones de inspeccionar toda la provincia y más que nada tu distrito. (El ALCALDE alza un dedo, con gesto significativo) Lo he sabido de muy buena fuente, aunque ese funcionario viaja de incógnito. Como sé que tú, como todo el mundo, tienes tus pecadillos, ya que eres inteligente y no te gusta dejar escapar lo que te viene a las manos..." (Se interrumpe.) Bueno, aquí dice unas cositas... (Lee más adelante.) "Te aconsejo, pues, que tomes tus precauciones; porque ese funcionario puede llegar de un momento a otro, eso si no ha llegado ya a tu pueblo y vive en alguna parte de incógnito,.. Ayer yo..." Bueno, aquí habla, de asuntos de familia: "Mi hermana Ana Kirílovna vino a visitarme ayer con su marido, Iván Kirílovich ha engordado mucho y sigue tocando el violín...", etcétera, etcétera. ¡Ya ven ustedes cómo están las cosas!

AMOS FÉDOROVICH: —Sí, el caso es excepcional, realmente excepcional.

LUKÁ LÚKICH: —¿Y a qué se deberá eso, Antón Antónovich? ¿Para qué vendrá a vernos el inspector?

ALCALDE: —¿Para qué? ¡Será el destino! (Suspira.) Hasta ahora, a Dios gracias, esa gente metía la nariz en otros pueblos: esta vez nos ha tocado el turno.

AMOS FÉDOROVICH: —Creo, Antón Antónovich, que aquí debe de haber un motivo más sutil y de índole política. Eso significa lo siguiente: Rusia..-, eso es..., Rusia quiere ir a la guerra, y el ministerio ha mandado a un funcionario para averiguar si aquí no hay traidores.

ALCALDE: —¡Vaya una ocurrencia! ¡Traidores en un pueblo de provincias! ¿Acaso esto es la frontera?, Aquí estamos tan lejos de todo poblado, que aunque galopáramos tres años seguidos no llegaríamos a ninguna parte.

AMOS FÉDOROVICH: —No; yo le seguro, Antón Antónovich, que usted no enfoca bien el asunto...créame... El Gobierno es muy astuto; aunque este pueblo se halla lejos de la frontera, no lo pierde de vista.

ALCALDE: —Vista o no vista, señores, ya lo saben: están avisados. Por mi parte, he tomado algunas medidas.- ¡Les aconsejo que hagan lo mismo! ¡Sobre todo a usted, Artemio Filípovich! Sin duda, el inspector querrá examinar antes que todo el hospital.... de modo que le conviene adecentarlo; hágales cambiar los gorros de dormir a los enfermos y déles ropa limpia, para que no parezcan unos herreros, como sucede habitualmente cuando andan por la casa.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Bueno, eso es fácil. Podemos cambiarles los gorros.

ALCALDE: —Sí. Y, además, convendría escribir encima de cada cama, en latín o algún otro idioma (eso ya es cosa suya, Cristian Ivánovich), el nombre de cada enfermedad y la fecha en que se enfermó cada paciente... Está mal eso de que sus pupilos, Artemio Filípovich, fumen un tabaco tan fuerte que lo hace estornudar a uno apenas entra. Además, sería preferible que no fueran tantos; pueden atribuirlo inmediatamente a la falta de cuidados o a la ineptitud del médico.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Oh! En cuanto a las curaciones, yo y Cristian Ivánovich hemos tomado ya nuestras medidas; cuanto más dejemos obrar a la naturaleza, mejor..., no usamos medicamentos caros. El hombre es un ser simple; si se tiene que morir, se morirá lo mismo; si se tiene que curar, se curará. Además, a Cristian Ivánovich le costaría trabajo entenderse con ellos: no sabe una sola palabra de ruso. CRISTIAN IVÁNOVICH (Profiere un sonido que fluctúa entre la "i" y la "e".)

ALCALDE: —A usted. Amos Fédorovich, yo le aconsejaría también que tuviera más cuidado con su juzgado. En la antesala donde esperan habitualmente los litigantes, los ujieres han empezado a criar gansos con sus gansitos y uno tropieza con ellos a cada paso. Naturalmente, la avicultura es muy digna de elogio..., ¿y por qué no habría de criar aves un ujier?... pero..., ¿sabe?... ahí resulta indecoroso hacerlo. Siempre quise decírselo, pero no sé por qué se me olvidaba.

AMOS FÉDOROVICH: —Hoy mismo daré orden de que los lleven a la

cocina. Si quiere-... venga a almorzar conmigo.

ALCALDE: —Además, resulta lamentable que en plena sala de audiencias se tienda ropa a secar y cuelguen un morral sobre el propio armario de los expedientes. Ya sé que a usted le gusta cazar, pero de todos modos convendría descolgarlo por algún tiempo, y cuando se vaya el inspector, podrá volver a colgarlo. También debo decirle que su secretario,.. Claro está que es un hombre capaz, pero huele como si acabara de salir de una vinería... Eso tampoco es muy digno de elogio. Si, como dice su secretario, huele así de nacimiento, habría un recurso: aconséjele que coma ajo o cebolla o cualquier otra cosa. En ese caso, Cristian Ivánovich podría ayudarle con diversos medicamentos.

CRISTIAN IVÁNOVICH (Profiere el mismo sonido.)

AMOS FÉDOROVICH: —No, eso sí que sería imposible eliminarlo; el secretario dice que su madre lo dejó caer al suelo cuando era pequeño y se lastimó, y que desde entonces huele un poco a vodka.

ALCALDE: —Bueno, eso se lo dije de paso, no más. En cuanto a las medidas de orden interno, y a lo que llama pecadillos en su carta Andrei Ivánovich, no puedo decir nada. ¿Y después de todo? ¿Hay acaso un solo hombre que no tenga algún pecadillo? El propio Dios lo ha dispuesto así, y será inútil que despotriquen contra eso todos los volterianos.

AMOS FÉDOROVICH: —¿A qué llama usted pecadillos, Antón Antónovich? ¡Quién no los tiene! Yo les digo a todos abiertamente que recibo coimas, pero..., ¿qué clase de coimas? En forma de perros perdigueros. Eso ya es otra cosa.

ALCALDE: —Bueno... Con perdigueros, o en otra forma, todo es coima.

AMOS FÉDOROVICH: —Pero no, Antón Antónovich. En cambio, por ejemplo, si alguien tiene un sobretodo que vale quinientos rublos y su mujer un chal que...

ALCALDE: —Bueno... ¿Y si usted recibe coimas bajo la forma de perdigueros...? ¿Qué? En cambio, no cree en Dios, nunca va a la iglesia; y yo, por lo menos, soy hombre de fe firme y voy a la iglesia todos los domingos. Y usted... ¡Oh, yo lo conozco! Cuando empieza a hablar de la creación del mundo, a uno se le erizan los cabellos.

AMOS FÉDOROVICH: —Tenga en cuenta que llegué a esa conclusión solo, con mi propia inteligencia.

ALCALDE: —Bueno. De todos modos, más vale no tener inteligencia que tener demasiada. Por lo demás, sólo hablé del juzgado por hablar; para serle franco, no creo que a nadie se le ocurra asomarse ahí; es un lugar tan envidiable, que el propio Dios lo ampara. En cuanto a usted, Luká Lúkich, como supervisor de escuelas, le convendría ocuparse especialmente de los maestros. Desde luego, se trata de gente culta y que ha estudiado en diversos colegios, pero tienen unas costumbres muy raras, que se deben seguramente a su condición de pedagogos. Uno de ellos, por ejemplo, el de la cara regordeta..., no recuerdo su apellido..., siempre que sube a la tarima

hace una mueca como ésta (hace una mueca) y luego, con la mano, disimulada bajo la corbata, empieza a alisarse la barba. Claro está que cuando le hace esa mueca a un alumno, el hecho carece de importancia; quizás hasta deba ser así, eso es algo que no puedo juzgar; pero piénselo un poco... Si ese maestro le hiciera esa mueca a un visitante, el asunto podría tomar muy mal cariz; el señor inspector, o cualquier otro podría creer que eso va por su cuenta. ¡Las complicaciones serían terribles!

LUKA LÚKICH: — ¿Y qué quiere que haga con él? Ya se lo he dicho varias veces. Hace unos días, sin ir más lejos, cuando visitó la clase nuestro caudillo político, ese maestro hizo una mueca más espantosa que nunca. Lo movía su innata bondad, nada más, pero yo me gané un sermón por hacerle inculcar ideas liberales a la juventud.

ALCALDE: —Lo mismo debo hacerle notar con respecto al maestro de historia. Es un sabio (eso es evidente, sabe mucho), pero se expresa con tanta vehemencia, que se olvida de todo. Días pasados lo estuve escuchando. Mientras hablaba de los asirios y los babilonios, todo iba bien, pero cuando llegó a Alejandro el Grande lo que pasó no tiene nombre. ¡Creí que se había incendiado el aula, se lo juro! ¡Bajó corriendo de la tarima y empezó a golpear furiosamente el suelo con la silla! Claro está que Alejandro el Grande es un héroe, pero... ¿a qué romper las sillas? Eso perjudica al fisco.

LÜKA LÚKICH: —¡Sí, es muy vehemente! Ya se lo he hecho notar varias veces... Y me contestó: "¿Qué quiere que haga? ¡Yo daría la vida por la ciencia!"

ALACADE: —Sí, tal es la misteriosa ley del destino: el hombre inteligente, cuando no es un borracho, luce unas muecas capaces de hacerlo huir a uno al fin del mundo.

LUKÁ LÚKICH: —¡Triste fatalidad la de servir en la rama escolar! Todo lo asusta a uno; todos se entrometen, todos quieren demostrar que también ellos son inteligentes.

ACALDE: —Eso no sería nada... ¡Lo peor es ese maldito funcionario de incógnito! Imagínese que de repente se nos aparezca. "¡Ajá!", dirá. "¡De modo que aquí los tengo a todos ustedes, caballeros! ¿Y quién es el juez del pueblo?" "Liapkin-Tiapkin, señor." "¡Que me traigan a Liapkin-Tiapkin! ¿Y quién es el director del hospital?" "Zemlianika, señor." "¡Que me traigan a Zemlianika!" ¡Eso es lo malo!

Escena II

Dichos y el JEFE DE CORREOS.

JEFE DE CORREOS: —¡Explíquenmelo, señores! ¡Qué! ¿Qué pasa? ¿Qué funcionario es el que viene?

ALCALDE: —¿Acaso no ha oído hablar del asunto?

JEFE DE CORREOS: —Se lo oí decir a Petr Ivánovich Bóbchinsky. Acaba de visitarme en el Correo. ALCALDE: —¿Y bien?... ¿Qué opina

del asunto?

JEFE DE CORREOS: —¿Qué opino? Creo que tendremos guerra con los turcos.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Justo! ¡Lo mismo pensaba yo!

ALCALDE: —¡Sí, a los dos se les ha ocurrido el mismo disparate!

JEFE DE CORREOS: —¡Habrá guerra con los turcos! ¡Se lo aseguro!

Todo eso son intrigas del francés. ALCALDE: —¡Qué guerra ni qué niño muerto! Somos nosotros quienes lo pasaremos mal y no los turcos. Es cosa sabida: tengo una carta.

JEFE DE CORREOS: —Si es así, no habrá guerra con los turcos.

ALCALDE: —¿Y bien?... ¿Cómo están sus cosas, Iván Kúsmich?

JEFE DE CORREOS: —¿Qué importa eso? ¿Cómo están las suyas, Antón Antónovich?

ALCALDE: —¿Las mías? No diré que sienta terror, pero sí un poco de miedo... Los mercaderes y los burgueses me causan dificultades.

Dicen que les saco mucho dinero; y yo, palabra de honor, si alguna vez le saqué algo a cualquiera de ellos, lo hice sin mala intención.

Hasta he pensado (toma al JEFE DE CORREOS del brazo y lo lleva aparte)..: hasta he pensado esto... ¿No habrá alguna denuncia contra mí? ¿Realmente... ? ¿Cómo se explica que venga un inspector aquí?

Escúcheme, Iván Kúsmich. ¿No podría usted, en bien de todos, abrir y leer un poco?.

¿Comprende?... Abrir y leer un poco todas las cartas que le lleguen al Correo, para ver si no contienen alguna denuncia o, simplemente, alguna correspondencia reveladora. En caso contrario, se puede volver a cerrar el sobre; por lo demás, hasta se lo puede entregar así, abierto.

JEFE DE CORREOS: —Lo sé, lo se... No me dé lecciones. Eso lo hago no por cautela sino, más que nada, por curiosidad; me muero por saber qué novedades hay en el mundo. Le aseguro que esa lectura es interesantísima. Hay cartas que se leen con deleite... ¡Se pinta ahí cada cosa!... ¡Son más instructivas que El Informativo de Moscú.

ALCALDE: —Entonces, dígame... ¿No ha leído sobre un funcionario de San Petersburgo?

JEFE DE CORREOS: —No, no se habla de ningún funcionario de San Petersburgo, aunque sí de varios "de Kostrom y Sarátov. Pero es una lástima, que usted no lea esas cartas: contienen pasajes preciosos.

Hace poco, sin ir más lejos, un subteniente le escribía a un amigo, al describirle un baile en el más juguetón de los lenguajes..., muy, muy bonitamente: "Aquí la vida fluye en el séptimo cielo, querido amigo", decía.

"Hay muchas muchachas, Suena la música, se baila con entusiasmo..." Sí. Lo pintaba con mucha emoción. Me guardé la carta expresamente. ¿Quiere que se la lea?

ALCALDE: —Ahora no estamos para bailes. De modo que hágame el favor, Iván Kúsmich: si, por casualidad, cae en sus manos una queja o una denuncia, reténgala sin la menor consideración.

JEFE DE CORREOS: —Con muchísimo gusto.

AMOS FÉDOROVICH: —Mire que algún día lo pagará caro.

JEFE DE CORREOS: —¡Ay, Dios mío!

ALCALDE: —No es nada, no es nada. Otra cosa sería si lo hiciera en público, pero, después de todo, es algo que queda en familia.

AMOS FEDOROVICH: —Sí. ¡Este asunto no me gusta nada! Y yo, lo confieso, iba a visitarlo para regalarle un perrito, Antón Antónovich. Hermano de sangre del perdiguero que usted conoce. Como habrá oído decir, Cheptóvich y Berjovinsky han iniciado un pleito, y ahora estoy en la gloria: cazo conejos en las tierras del uno y del otro.

ALCALDE: —¡Dios mío! Ahora no me divierten sus conejos. Ese maldito funcionario de incógnito no abandona mis pensamientos ni a sol ni a sombra. Uno espera que, de un momento a otro, se abrirá la puerta... y izas!...

Escena III

Dichos DOBCHINSKY y BÓBCHINSKY {quienes entran sofocados}.

BÓBCHINSKY: —¡Un acontecimiento extraordinario!

DOBCHINSKY:—¡Una novedad inesperada!

TODOS:—¿Qué? ¿Qué pasa?

DOBCHINSKY: —Un caso imprevisto: llegamos a la posada. ..

BÓBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): —Llegamos con Petr Ivánovich a la posada...

DOBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): —¡Eh! Permítame, Petr Ivánovich. Permítame que lo cuente yo.

BÓBCHINSKY: —¡Oh, no! Permítame que yo...permítame, permítame... Usted no sabrá decirlo como es debido.

DOBCHINSKY: —Y usted se confundirá y olvidará, algo.

BÓBCHINSKY : —Lo recordaré todo, se lo juro, lo recordaré todo. ¡No me estorbe, déjeme contarle, no me estorbe! Señores, díganle a Petr Ivánovich que no me estorbe.

ALCALDE: —¡Vamos, hablen, por amor de Dios!... ¿Qué ha pasado? ¡Siéntense! Petr Ivánovich, siéntese. (Todos se sientan alrededor de los dos PETR IVÁNOVICH.) Bueno... ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

BÓBCHINSKY: —¡Permítame, permítame! Lo contaré todo por orden. (Al ALCALDE.) Apenas tuve el placer de salir de su casa, cuando usted tuvo a bien turbarse al recibir la carta, sí..., entonces, entré a... ¡Por favor, no me Interrumpa, Petr Ivánovich! ¡Ya lo sé todo, todo, todo! De modo que permítame que se lo diga. Corrí a casa de Korobkin. Y al no encontrar en casa a Korobkin, fui a ver a Rastakovsky, y al no encontrar a Rastakovsky, fui en busca de Iván Kúsmich, para comunicarle la noticia que usted acababa de recibir, y al ir allá, me encontré con Ivánovich...

DOBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): —Junto al quiosco donde venden pasteles.

BÓBCHINSKY: —Junto al quiosco donde venden pasteles. Sí. Me encontré con Petr Ivánovich y le dije:

"¿Está enterado de la noticia que recibió Antón Antónovich, en carta

fidedigna?" Y Petr Ivánovich ya lo sabía por boca del ama de llaves de usted, Avdotia, la cual, no sé para qué, había sido enviada a casa de Filip Antónovich Pochechúev.

DÓBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): —En busca de un barrilito de vodka francés.

¡BÓBCHINSKY (Apartándole las manos.): —En busca de un barrilito de vodka francés. De modo que fuimos con Petr Ivánovich a casa de Pochechúev... ¡Vamos; Petr Ivánovich!... ¡No me interrumpa, por favor, no me interrumpa! Fuimos a casa de Pochechúev, pero, por el camino, Petr Ivánovich me dijo: "Entremos a la posada. Siento un vacío en el estómago..., no he probado bocado desde la mañana.... Y esta mañana a la posada han traído esturión fresco. Podemos comer a gusto". Y acabábamos de llegar a la posada, cuando de repente un hombre joven...

DOBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): —No mal parecido, con traje de civil...

BÓBCHINSKY : —No mal parecido, con traje de civil, se paseaba así por la habitación y con un aire..., una manera de obrar, y aquí... (Señala con la mano derecha, cerca de la frente)... y aquí tenía..., bueno, parecía saber de todo. Tuve como un presentimiento y le dije a Petr Ivánovich: "Aquí hay gato encerrado". Eso es. Y Petr Ivánovich ya había llamado con el dedo al posadero..., al posadero Vías; la mujer de Vías dio a luz hace tres semanas y tienen un chiquitín de tantos bríos... Será posadero como su padre, no cabe duda. Después de llamar a Vías, Petr Ivánovich le preguntó, en voz baja: "¿Quién es ese joven?" Y Vías le contestó: "Ese es..." ¡Oh, no me interrumpa, por favor, Petr Ivánovich, no me interrumpa! Usted no lo contará como es debido, tiene una muela perforada y la voz le silba. "Ese es", dijo Vías, "un joven funcionario... sí..., un joven funcionario que viene de San Petersburgo", dijo, "y se llama Iván Aleksándrovich Jlestakov, y viaja hacia la gobernación de Sarátov y obra de la manera más extraña; ya van dos semanas que vive aquí, no sale de la posada, lo toma todo a crédito y no quiere pagar un solo centavo". Apenas me dijo eso, Dios me iluminó. "¡Eh!", le dije a Petr Ivánovich.

DÓBCHINSKY: —No, Petr Ivánovich. Fui yo quien dijo: "¡Eh!"

BÓBCHINSKY: —Primero lo dijo usted y luego también yo dije: "¡Eh!". "¡Eh!", dijimos Petr Ivánovich y yo. "¿Por qué se estará quietecito aquí ese caballero, cuando tiene que seguir viaje a la gobernación de Sarátov?" Eso es, eso es. De modo que es él, es ese funcionario.

ALCALDE: —¡Cómo! ¿Qué funcionario?

BÓBCHINSKY: —El funcionario sobre el cual usted se sirvió recibir una carta... El inspector.

ALCALDE (Con terror.): —¿Qué dice? ¡Vamos, vamos! No es él.

DÓBCHINSKY: —¡Es él! Ni paga ni sigue su viaje. ¿Quién podría ser sino él? Y su licencia de tránsito está dirigida a Sarátov.

BÓBCHINSKY |: —Es él, por Dios que es él... ¡Es tan observador! ¡No se le escapa nada! Vio que Petr Ivánovich y yo .comíamos esturión...,

más que nada porque Petr Ivánovich tenía un vacío en el estomago..., y... ¿saben qué hizo? Pues bien..., ¡miró en los platos! Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

ALCALDE: —¡Dios mío! ¡Apiádate de nosotros, pecadores! ¿Dónde está alojado?

DÓBCHINSKY: —En el número cinco, debajo de la escalera.

BÓBCHINSKY: —En la misma habitación donde riñeron esos oficiales el año pasado.

ALCALDE: —¿Y está aquí desde hace mucho tiempo?

BÓBCHINSKY: —Ya van dos semanas. Llegó el día de San Basilio.

ALCALDE: —¡Dos semanas! (Aparte.) ¡Dios santo! Sálvame, te lo ruego! ¡En esas dos semanas, azotamos a la mujer del subteniente, no les dimos de comer a los presos, las calles están llenas de mugre! ¡Qué vergüenza, qué desastre! (Se aferró, la cabeza.)

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Bueno, Antón Antónovich, ¿vamos en procesión a la posada?

AMOS FÉDOROVICH: —¡No, no! Sería mejor que el grupo fuese encabezado por el clero y los mercaderes...

ALCALDE: —¡No, no, permítanme! Ya me he visto en apuros más de una vez y he salido bien del trance y hasta me han dado las gracias. Quizás Dios me saque también de este atolladero. (Volviéndose hacia BÓBCHINSKY.) ¿Dice usted que el forastero es joven?

BÓBCHINSKY: —Sí. Tendrá de veintitrés a veinticuatro años.

ALCALDE: —Más vale así: resultará más fácil sonsacarlo. Lo malo es tratar con un zorro viejo: el joven todo lo tiene a flor de piel.

Ustedes, señores, prepárense a afrontar la situación por su lado, y yo iré solo con Petr Ivánovich, digamos, como quien da un paseo, sin carácter oficial, para averiguar si atienden debidamente a los pasajeros de la posada. ¡Eh, Svistunov!

SVISTUNOV: —¿Qué?

ALCALDE: —Vete a traerme al jefe de policía. ¡O más vale que te quedes! ¡Te necesito! Dile a alguien que me mande cuanto antes al jefe de policía y vuélvete aquí.

(El VIGILANTE sale corriendo, desalado.)

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Vamos, vamos. Amos Fédorovich!

Realmente, podría ocurrir una desgracia.

AMOS FÉDOROVICH: —¿Qué teme, Artemio Filípovich? A usted le bastará con ponerles gorros limpios a sus enfermos y sanseacabó.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¿Quién piensa en los gorros? Ordené que les dieran sopa de coles a los enfermos, y en los pasillos del hospital hay un olor como para taparse las narices.

AMOS FÉDOROVICH: —Por ese lado, estoy tranquilo. En realidad..., ¿quién tendría el valor de asomarse a un juzgado de provincias? Y si metiera las narices en un expediente, lo lamentaría toda la vida. Soy juez desde hace quince años, y cuando miró un escrito judicial..., prefiero encogerme de hombros. El propio rey Salomón no sabría decidir quién dice ahí la verdad y quién miente.

(El JUEZ, el DIRECTOR DEL HOSPITAL, el SUPERVISOR DE ESCUELAS y el JEFE DE CORREOS hacen mutis y chocan en la puerta con el VIGILANTE que vuelve.)

ESCENA IV

El ALCALDE, BÓBCHINSKY, DÓBCHINSKY y el VIGILANTE.

ALCALDE: —Bueno. ¿El birlocho está a la puerta?

VIGILANTE: —Sí que está.

ALCALDE: —Vete a la calle.... o no.... ¡más vale que te quedes! Vete, tráeme... Pero..., ¿dónde están los demás? ¿Acaso eres el único? ¡Di orden de que Projórov viniese también! ¿Dónde está Projórov?

VIGILANTE: —En una casa particular, pero no puede trabajar.

ALCALDE:—¿Porqué?

VIGILANTE: —Pues porque esta mañana lo trajeron borracho perdido. Ya le han echado encima dos baldes de agua y no ha vuelto en sí.

ALCALDE (Aferrándose la cabeza.): —¡Ay, Dios mío, Dios mío! Corre a la calle... O no... Corre antes a mi habitación... ¿Oyes?... Y tráeme la espada y el sombrero nuevo. ¡Vamos, Petr Ivánovich, en marcha!

BÓBCHINSKY : —Y yo, y yo también... ¡Permítame que vaya yo también, Antón Antónovich!

ALCALDE: —¡No, no, Petr Ivánovich, imposible, imposible! Resultaría chocante que fuéramos tantos, y además en el birlocho no hay sitio para los tres.

BÓBCHINSKY: —No se preocupe, no se preocupe: yo correré detrás del birlocho. Me conformo con mirar por una ranura, con asomarme por la puerta, para ver cómo se porta el forastero...

ALCALDE (Recibiendo la espada, al sargento.): —Vete corriendo, reúne a los vigilantes y que cada uno de los lleve... ¡Oh, qué estropeada está mi espada! ¡Maldito sea el mercader Abdulin! ¡Ve que la espada del alcalde está vieja y no es capaz de mandarle una nueva! ¡Vaya unos pillos que son esos mercaderes! Y con seguridad que todos ellos llevan su denuncia bajo la manga. Que cada uno de los vigilantes tome una escoba... y barra a conciencia toda la calle que lleva a la posada... ¿Oyes? Y ten Cuidado... ¡Te conozco!

Acostumbra meterte en el chaleco las cucharitas de plata...

¡Cuidado, que a mí no me engaña nadie! ¿Y qué has hecho con el mercader Cherniáiev? ¿Eh? ¡Cherniáiev te dio un par de metros de paño para un uniforme y tú le birlaste toda la pieza! ¡Cuidado! ¡No coimeas de acuerdo con tu jerarquía! ¡Vete!

Escena V

Dichos y el JEFE DE POLICÍA.

ALCALDE: —¡Ah! ¿Es usted, Stepán Ilich? ¡Por amor de Dios! ¿Dónde se había metido?

JEFE DE POLICÍA: —Estaba a un paso de aquí.

ALCALDE: —¡Escúcheme! Ha llegado ese funcionario de San Petersburgo. ¿Qué medidas ha tomado usted?

JEPE DE POLICÍA: —Las que me indicó. Mandé al sargento Púgovitzin con varios vigilantes a limpiar la calle.

ALCALDE: —¿Y dónde está Derjimorda?

JEFE DE POLICÍA: —Se ha ido con la bomba a apagar un incendio.

ALCALDE: —¿Y Projórov está borracho?

JEPE DE POLICÍA: —Borracho.

ALCALDE: —¿Y cómo se lo ha permitido?

JEFE DE POLICÍA: —¡Vaya uno a saber! Ayer hubo una pelea en los suburbios... y Projórov fue allí a poner orden y volvió borracho.

ALCALDE: —Escúcheme, pues. Haga lo siguiente: al sargento Púgovitzin, que es tan alto, ubíquelo en el puente; así causará buena impresión. Haga adecentar, a toda prisa esa vieja tapia que está junto al zaguán del remendón y que le pongan unas vigas para que parezca en reparaciones. ¡Cuántas más obras públicas haya, más se nota la actividad del alcalde! ¡Ay, Dios santo! Ahora recuerdo que junto a esa tapia hay una montaña de desperdicios, como para llenar cuarenta carretas. ¡Qué pueblo éste! ¡Basta con levantar un monumento o una simple tapia para que le acumulen al lado toneladas de basura! (Suspira.) Y si el funcionario que acaba de llegar les pregunta a nuestros empleados públicos si están contentos, todos deberán responder: "Muy contentos, Excelencia". Y el que no lo esté, ya verá lo que le pasa. ¡Oh, oh, pecador de mí, pecador de mí! (En lugar del sombrero, toma una caja de cartón.) ¡Haz que esto pase pronto. Dios mío, y te pondré un cirio como no se ha visto nunca! ¡A cada uno de esos estúpidos mercaderes lo obligaré a mandarme diez kilos de cera! ¡Oh Dios mío. Dios mío! ¡En marcha, Petr Ivánovich! (En lugar del sombrero, quiere encasquetarse en la cabeza la caja de cartón.)

JEFE DE POLICÍA: —Antón Antónovich, eso es una caja, no un sombrero.

ALCALDE (Mirando la caja.): —¿Una caja? ¡Al diablo con ella! Y si preguntan por qué no hemos reedificado la capilla del hospital, para la cual se destino una suma de dinero hace años, que no se olviden de decir que empezamos a construirla, pero que se quemó. Sobre ese asunto, ya presenté un informe. ¡No lo Olvide! De lo contrario, algún imbécil podría decir irreflexivamente que las obras ni siquiera se iniciaron. Y dígame a Derjimorda que no les dé mucho gusto a sus puños: para poner orden, acostumbra empavonarle los ojos a todo el mundo, lo mismo al culpable que al inocente. ¡Vamos, vamos, Petr Ivánovich! (Falso mutis.) ¡Y no deje salir a la calle a los soldados en ropas menores! Esos bribones se ponen la chaqueta sobre la camisa y abajo no hay nada. (Mutis general.)

Escena VI

ANA ANDREEVNA y MARÍA ÁNTÓNOVNA salen corriendo.

ANA ANDREEVNA: —¿Dónde, dónde están? ¡Ay, Dios mío!...
(Abriendo la puerta.) ¡Marido! ¡Antoñito! ¡Antón! (Hablando con rapidez.) ¡Y tú tienes la culpa de todo! ¡Que el alfiler, que la trenza, que...! ¡No había forma de terminar contigo! (Corre hacia la ventana y grita.) ¡Antón! ¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¡Qué! ¿Llegó ya? ¿Llegó el inspector? ¿Tiene bigotes? ¿Qué bigotes?

Voz DEL ALCALDE: —¡Después, querida, después!

ANA ANDREEVNA: —¿Después? ¡Mira con lo que sales! ¡Después!... ¡No quiero saber nada de esperar!... Me basta con que me digas esto: ¿qué es el forastero? ¿Coronel? ¿Eh? (Con desdén.) ¡Se fue! ¡No olvidaré la perrería que me has hecho! ¡Y toda la culpa es tuya, Masha: "Mamita, mamita, espera, me falta recogerme la trenza, ya voy". ¡Y lo ves! ¡Ahora, nos hemos quedado en ayunas! Y todo a causa de tu maldita coquetería: apenas oíste decir ¡bahía llegado el jefe de Correos, empezaste a hacer dengues ante el espejo, a mirarte por todos lados. Crees que te galantea y en realidad te hace una mueca apenas le vuelves la espalda.

MARÍA ÁNTÓNOVNA: —¡Qué le vamos a hacer, mamita! De todos modos, dentro de dos horas lo sabremos todo.

ANA ANDREEVNA: —¿Dentro de dos horas? ¡Muchísimas gracias! ¡Me extraña que no se te haya ocurrido decir que -dentro de un mes lo sabremos mejor! (Se asoma a la ventana.) ¡Eh, Avdotia! ¿Oíste decir que llegó alguien? ¿No? ¡Estúpida! ¿Dices que el alcalde te agitó las manos? ¿Y qué? ¡De todos modos, podías habérselo preguntado! ¡Pensar que no lograste averiguar algo tan sencillo! Es que tienes la cabeza llena de tonterías, no haces más que pensar en novios. ¿Qué dices? ¿Que se fueron pronto? ¡Hubieras seguido al birlocho! ¡Corre, corre inmediatamente! Pregunta qué forastero es ése, si es guapo... ¿Entiendes? Mira por el ojo de la cerradura y averígualo todo, qué ojos tiene, si son negros o no, y vuelve ahora mismo... ¿Me oyes? ¡Apúrate, apúrate, apúrate! (Sigue gritando hasta que ha bajado totalmente el telón, que cubre a madre e hija, asomadas a la ventana.)

ACTO SEGUNDO

Pequeña habitación de la posada. Una cama, una mesa, una maleta, una botella vacía, unas botas, un cepillo, etc.)

Escena Primera

OSIP, tendido sobre la cama de su amo

OSIP: —¡Diablos! ¡Qué ganas tengo de comer, que alboroto en el estómago! Se diría que todo un regimiento está tocando ahí la diana. ¡Creo a este paso, no llegaremos a casa! ¡Qué le hemos de hacer! ¡Hace dos meses ya que salimos de San Petersburgo! ¡Por el camino, el pobre diablo de mi amo perdió todo su dinero a los naipes y ahora sé está sentado aquí muy quietecito, con el rabo entre las piernas, y le pone a mal tiempo buena, cara. Y habríamos podido llegar perfectamente a casa, pero el muy engreído tenía que exhibirse en todas partes. (Haciéndole burla a su amo.) "¡Eh, Osip! ¡Pide la „ mejor habitación y encárgame el mejor almuerzo! Yo no aguanto un mal almuerzo, necesito lo mejor que haya." ¡Y vaya y pase si fuera un alto funcionario! Pero... ¡qué! ¡Si es un tinterillo cualquiera! Trabó relación con otro pasajero, se fue de cabezal a las barajas..., ¡y aquí estamos varados! ¡Ah! ¡Ya me harta esta vida! En el campo se vive mejor, ya lo creo: no hay tanta sociedad, pero uno tiene menos preocupaciones. Basta con conseguirse una paisana y uno se pasa la vida tirado por ahí y comiendo pastelillos. Bueno... Claro que la vida de San Petersburgo es mejor. Si uno tiene dinero se da la gran vida, una vida muy refinada y de gran tren: hay teatros, uno ve números raros y todo lo que le da la gana. Se habla allí un lenguaje tan florido que ni los nobles: uno va al barrio comercial y los mercaderes lo saludan a gritos desde sus puertas; cuando hay que cruzar el río en lancha, uno viaja en compañía de un funcionario; si se aburre, entra a un negocio y allí algún caballero le cuenta cosas de la guerra y le explica la significación de cada estrella del cielo, de tal modo que las cosas le resultan tan claras como si las tuviera sobre la palma de la mano. Y, a veces, entra alguna vieja con una doncella que..., ¡vamos!... (Ríe y menea la cabeza.) A uno lo tratan como si fuera un aristócrata! Nunca se oye una sola palabra descortés: me dicen "usted". Si me aburro de caminar, tomo un coche y me paseo como un gran señor, y si no quiero pagarle al cochero, pues no le pago: todas las casas tienen dos puertas y luego que me echen un galgo. Sólo hay esto de malo: unos días se come como príncipe y otros se revienta de hambre, como ahora. Y el amo tiene la culpa de todo. ¿Qué hacer con él? Su padre le manda dinero y le bastaría con cuidarlo, pero..., ¡qué! ¡Vaya parranda! Coche a cada momento, a

diario voy a comprarle billetes para el teatro y a la semana..., izas!..., me manda a empeñar el frac nuevo. A veces, empeña hasta su última camisa y se queda en ropas menores y capote. ¡Palabra de honor! ¡Y pensar que todas sus prendas de vestir son de tan buen paño! ¡Casimir inglés nada menos! El frac solamente vale ciento cincuenta rublos, y en el empeño sólo le dan veinte; y de los pantalones no hablemos... ¡le dan cualquier cosa! Y todo ¿por qué? Porque no sé, de nada serio: en lugar de dedicarse a su trabajo sé pasa el tiempo paseándose por la Perspectiva Nevski y jugando a los naipes. ¡Si lo supiera el viejo patrón! Aunque seas un funcionario, ángel mío, te levantaría la camisa y te daría una azotaina de esas que obligan a rascarse cuatro días consecutivos. ¡El funcionario debe ser un funcionario, qué demonios! Y ahora, el posadero dice que no nos dará de comer mientras no le hayamos pagado lo que le debemos. ¿Y si no se lo pagamos? (Con un suspiro.) ¡Ay, Dios mío! ¡Si nos diera aunque sólo fuese unas coles! Me parece que, en este momento, yo sería capaz de engullirme al mundo entero. Lllaman a la puerta: debe ser él. (Se levanta precipitadamente de la cama.)

Escena II

OSIP y JLESTAKOV.

JLESTAKOV: —Vamos, toma esto. (Le da el sombrero y el bastoncito de bambú.) ¡Aja! ¿Has vuelto a revolcarte en la cama?

OSIP: —¿Y para qué habría de revolcarme? ¿Acaso es la primera vez que veo una cama?

JLESTAKOV: —Mientes, te has revolcado. ¿Ves? ¡Está toda revuelta!

OSIP: —¿Y para qué la quiero? ¿Acaso no sé qué es una cama? Tengo piernas: puedo estar de pie. ¿Para qué quiero su cama?

JLESTAKOV (Dando vueltas por la habitación.): —Fíjate en la tabaquera. ¿No queda más tabaco?

OSIP: —¿Cómo quiere que haya? Hace cuatro días, usted se fumó lo poco que quedaba.

JLESTAKOV (Se pasea y frunce caprichosamente los labios: por fin dice con voz, sonora y tono decidido.): —Oye... ¡Eh, Osip!

OSIP : —¿ Qué quiere ?

JLESTAKOV (Con voz mucho menos sonora y con tono menos decidido.): —Ve allí.

OSIP:—¿Adónde?

JLESTAKOV (Con voz mucho menos sonora y en la que ya no se transparentó la menor decisión y se advierte algo muy próximo a una súplica.): —Abajo, a la cocina. Diles que me den de almorzar.

OSIP:—No, no quiero ni ir.

JLESTAKOV: —¿Cómo te atreves a contestarme así, estúpido?

OSIP: —Pues me atrevo; de todos modos, aunque vaya, eso no serviría de nada. El posadero dijo que ya no nos daría de comer.

JLESTAKOV: —¿Cómo que no? ¡Vaya un absurdo!

OSIP: —Y, además, dice que irá a denunciarle el caso al alcalde; ya van tres semanas que estamos aquí y usted no le paga. "Tú y tu amo", me dice, "sois unos bribones..., y tu amo es un estafador". "Ya hemos visto picaros y sinvergüenzas de esa laya", dice.

JLESTAKOV: —Y a ti te alegra repetírmelo apenas lo has oído, bestia.

OSIP: —Y también dice: "Así, cualquiera puede vivir como un príncipe y endeudarse: y después, uno ni siquiera puede echarlo". "A mí", dice, "no me gustan las bromas. Iré derechito a hacer la denuncia, para que lo llamen a declarar y luego a la cárcel".

JLESTAKOV: —¡Vamos, vamos, tonto! ¡Basta! Díselo. ¡Vaya un animal y un bruto!

OSIP:—Más vale que yo llame aquí al propio posadero.

JLESTAKOV: —¿Para qué? Ve a decírselo tú.

OSIP:—Más vale, señor.

JLESTAKOV: —Vamos, vamos. ¡Que te lleve el diablo! Llama al posadero.

(OSIP sale.)

Escena III

JLESTAKOV (solo)

JLESTAKOV: —¡Tengo unas ganas de comer que me muero! Di un paseo, confiando en perder el apetito..., ¡y nada, qué diablos, no se va ni por pienso! De no ser por la francachela de Pensa, me habría alcanzado el dinero para llegar a casa. Aquel capitán de infantería me maltrató de veras. ¡Qué modo de sacar ases! ¡Qué bárbaro!

Habremos jugado un cuarto de hora, a lo sumo..., y me dejó en la calle Y, con todo, me muero por volver a medirme con él. Pero no hay oportunidad. ¡Qué pueblecito mala muerte! En las despensas no fían nada. ¡Qué canallas! (Silba los compases iniciales de "Roberto el Diablo", luego otra melodía de moda, y finalmente, algo que no es ni fu ni fa.) Se ve que no quiere venir nadie.

Escena IV

JLESTAKOV, OSIP y el CAMARERO de la posada.

CAMARERO:—El patrón pregunta qué quiere.

JLESTAKOV: —¡Hola, hermano! ¿Cómo estás?

CAMARERO: —Bien, a Dios gracias.

JLESTAKOV: —Y... ¿qué tal? ¿Cómo va la posada? ¿Todo va bien?

CAMARERO: —Sí. A Dios gracias, todo va bien.

JLESTAKOV: —¿Muchos pasajeros?

CAMARERO:— Sí, bastantes.

JLESTAKOV: —Oye, querido. Hasta ahora, no me han traído el almuerzo, de modo que haz el favor de meterles prisa. Después de almorzar tengo que hacer... ¿Me entiendes?

CAMARERO: —El patrón dice que no le mandará más de .comer. En realidad, hoy quería ir a quejarse al alcalde;

JLESTAKOV; —¿A quejarse? ¿Para qué? Como comprenderás, querido, yo necesito comer. Si no comiera, podría adelgazar. Tengo muchas ganas de comer, te lo digo en serio.

CAMARERO— SÍ, señor. El patrón dice: "No le daré de comer mientras no me haya pagado lo que me debe". Eso fue lo que contestó.

JLESTAKOV:—Pues hazlo entrar en razón, convéncelo. .

CAMARERO: —¿Qué quiere que le diga?

JLESTAKOV: —Hazle entender, seriamente, que necesito comer. El dinero es el dinero. Pero esto ya es otra cosa. El patrón cree que como a él, un campesino, no le importa pasarse un día sin comer, a los demás les pasa lo mismo. ¡Vaya una ocurrencia!

CAMARERO— Bueno, se lo diré.

Escena V

JLESTAKOV (Solo)

JLESTAKOV: —Las cosas se pondrán feas si no me manda nada. Tengo más ganas de comer que nunca. ¿Y si vendiera algo de ropa? ¿Los pantalones, por ejemplo? No, más vale pasar hambre, pero llegar a casa con el traje de San Petersburgo. Es una lástima que Joachim no me; haya alquilado el coche. ¡Habría sido magnífico volver a casa en coche y visitar como un magnate a algún hacendado vecino y llegar a sus puertas con los faroles encendidos y con Osip sentado a la zaga, de librea ¡Qué alboroto hubiera causado eso! "¿Quién es, qué pasa?" Y, entonces, entra el lacayo (.Se cuadra, encariñando al lacayo.): "Iván Aleksándrovich Jlestakov, de San Petersburgo. ¿Se sirve recibirlo?" ¡Esos pobres diablos ni siquiera saben qué significa "se sirve recibirlo"! ¡Cuando viene a visitarlos algún hacendado, el muy oso entra derechito a la sala! Y luego, uno se arrimaría a alguna de sus lindas hijas y le diría: "Señorita, yo... (Se frota las manos y hace una reverencia, con aire galante.) ¡Al demonio. (Escupe.) ¡Tengo unas ganas de comer que hasta me dan náuseas!

Escena VI

JLESTAKOV, OSIP y el CAMARERO.

JLESTAKOV: —¿Y qué?

OSIP : —Traen el almuerzo.

JLESTAKOV (Palmea de alegría y se levanta de la silla con un saltito.): —¡Lo traen! ¡Lo traen! ¡Lo traen!

CAMARERO (Con platos y una servilleta.): —El patrón lo manda por última vez.

JLESTAKOV: —Tu patrón, tu patrón... ¡Bueno, que se vaya al diablo tu patrón! ¿Qué traes?

CAMARERO:—Sopa y estofado.

JLESTAKOV: —¡Cómo! ¿Sólo dos platos?

CAMARERO: —Sólo dos platos.

JLESTAKOV: —¡Qué absurdo! Eso yo no lo recibo. ¡Dile al patrón que me parece ridículo!... Es muy poco.

CAMARERO: —No, el patrón dice que hasta eso es demasiado.

JLESTAKOV: —¿Y por qué no hay salsa?

CAMARERO : —Salsa no hay.

JLESTAKOV: —¿Por qué? Yo mismo vi al pasar por la cocina que preparaban muchísima salsa. Y esta mañana, en el comedor, vi a dos individuos bajitos que comían esturión y mucho más de no sé qué.

CAMARERO : —Bueno, de eso hay, pero no hay.

JLESTAKOV: —¿Cómo que no hay?

CAMARERO : —Pues no hay.

JLESTAKOV: —¿Y el esturión y el pescado y las albóndigas?

CAMARERO:—Eso es para los más limpios.

JLESTAKOV:—¡Ah, imbécil!

CAMARERO : —Sí, señor.

JLESTAKOV: —¡Cerdo!... ¿Cómo se explica que ellos coman y yo no? ¿Por qué no puedo? ¿Acaso no son pasajeros como yo?

CAMARERO : —Claro que no.

JLESTAKOV: —¿Y qué son?

CAMARERO: —¡Ya se sabe! Ellos son de los que pagan.

JLESTAKOV: —No quiero discutir contigo, idiota. (Se sirve sopa y come.) ¿Qué sopa es ésta? Simplemente, has echado agua en la taza; esto no tiene ningún sabor, sólo huele mal. No quiero esta sopa, dame otra.

CAMARERO: —Me la llevaré. El patrón dijo: "Si no la quiere, te la llevas".

JLESTAKOV (Defendiendo la comida con las manos.):—Vamos, vamos.. . ¡Déjame, tonto! Estás acostumbrado a tratar así a los demás, pero yo soy distinto, hermano. ¡No te aconsejo obrar así conmigo! (Come.) ¡Dios mío, qué sopa! (Sigue comiendo.) ¡Creo que nadie ha comido aún semejante sopa! En lugar de aceite, sobrenadan unas plumas. (Corta el pollo.) ¡Ay, ay, vaya un pollo! ¡Dame el estofado! Ahí ha quedado un poco de sopa. Cómetela, Osip. (Corta el estofado.) ¿Qué estofado es éste? Esto no es estofado.

CAMARERO:—¿Y qué es, entonces?

JLESTAKOV: —No sé qué diablos es, pero no es estofado. Es un hacha cocinada en el horno. (Come.) ¡Bribones, canallas! ¿Qué le dan de comer a la gente? Basta con comer un pedacito para que duela la

mandíbula. (Se hurga los dientes con el dedo.) ¡Pilletes! Se diría que uno ha comido madera, no hay modo de sacarlo; y hasta se ennegrecen los dientes después de semejantes platos. ¡Miserables! (Se limpia la boca con la servilleta.) ¿No hay nada más?

CAMARERO:—No.

JLESTAKOV: —¡Canallas, desalmados! Si por lo menos hubiesen agregado alguna salsa o un pedazo de pastel... ¡Holgazanes! Lo único que saben es despellejar a los pasajeros.

(El CAMARERO limpia la mesa y se lleva los platos en compañía de Osip.)

Escena VII

JLESTAKOV, luego OSIP.

JLESTAKOV:—Se diría que no he comido; apenas si se me ha abierto el apetito. Si tuviera unas monedas, mandaría al mercado por una perdiz.

OSIP : —(Entrando.): —Ahí ha llegado, no sé para qué, él alcalde; está haciendo averiguaciones y pregunta por usted.

JLESTAKOV (Asustado.): —¡Zas! ¡Ese bruto del posadero ya tuvo tiempo de formular su denuncia! ¿Y si realmente me mandaran a la cárcel? Bueno... Si lo hicieran decorosamente, yo quizás... ¡No, no, no quiero! En este pueblo hay oficiales y vive mucha gente, y yo, para colmo, me di ínfulas y le guiñé el ojo a la hija de un mercader. No, no quiero... Pero... ¿Qué se ha creído ése? ¿Cómo se atreve? Cree que podrá tratarme como a un mercader o a artesano cualquiera? (Cobrando bríos e irguiéndose.) Le diré, sin ambages: "¿Cómo se atreve? Como es que usted...?" (Gira el picaporte de la puerta. JLESTAKOV palidece y se encoge.)

Escena VIII

JLESTAKOV, el ALCALDE y DÓBCHINSKY

(El ALCALDE entra y se detiene. Ambos, asustados, se miran fijamente, con los ojos dilatados de temor.)

ALCALDE (Se repone un poco y se cuadra.): —¡Mis ;saludos y mis mejores augurios!

JLESTAKOV (Inclinándose.): —¡Servidor!

ALCALDE:—Disculpe...

JLESTAKOV: —No hay de qué...

ALCALDE: —Mi deber, como alcalde de este pueblo, es preocuparme de que no se moleste a los pasajeros y demás personas respetables...

JLESTAKOV (Comienza con un leve tartamudeo, pero al final habla con voz sonora y rotunda.): —¿Qué quiere que haga?... Yo no tengo

la culpa... Le aseguro que pagaré. Me mandarán dinero de casa (BÓBCHINSKY asoma la cabeza por la puerta,) La culpa, en realidad, la tiene él; me da una carne dura como un tronco; y la sopa..., ¡vaya uno a saber qué pone ahí! Tuve que tirarla por la ventana. Me mata de hambre durante días enteros... ¡Su té es tan raro!... Huele a pescado. ¿Por qué yo habría de...? ¡Vaya una ocurrencia!

ALCALDE (Intimidado.): —Disculpe, la verdad es que yo no tengo la culpa. La carne de nuestro mercado es siempre buena. La traen los mercaderes de tierra adentro, gente que no bebe y de buena conducta.. Francamente, no sé de dónde saca esa carne el posadero. Y, si no es así... Permítame que lo invite a trasladarse conmigo a otro domicilio. .

JLESTAKOV: —¡No, no quiero! Ya sé qué significa ese otro domicilio: usted se refiere a la cárcel. Pero... ¿Con qué derecho me lo propone? ¿Cómo se atreve? Yo soy un funcionario de San Petersburgo...

(Cobrando ánimos) ¡Yo, yo, yo...!

ALCALDE:(Aparte.): —¡Oh Dios mío! ¡Qué enojado está! ¡Ya lo sabe todo, ya se lo han contado todo esos malditos mercaderes!

JLESTAKOV (Envalentonado.): —Aunque usted venga a buscarme aquí con todos sus guardias..., ¡no iré! ¡Me quejaré al ministro!

(Descarga un puñetazo sobre la mesa.) ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

ALCALDE (Cuadrándose y temblando de la cabeza a los pies.): — ¡Perdóneme usted, no me pierda! Tengo mujer e hijos pequeños..., ¡no haga desdichado a un hombre para toda la vida!

JLESTAKOV: —No, no quiero. ¡Vaya una ocurrencia! ¿Y a mí, qué me importa? ¿Por el hecho de que usted tenga mujer e hijos debo ir yo a la cárcel? ¡Muy bonito! (BÓBCHINSKY asoma la cabeza con aire asustado y vuelve a desaparecer.) No, muchísimas gracias, no quiero.

ALCALDE (Temblando.): —Todo ha sido por inexperiencia, se lo juro, por mera inexperiencia. Usted comprenderá: el sueldo no le alcanza a uno ni siquiera para el té y el azúcar. Si hubo coima, fue alguna pequeñez; una bagatela para la mesa y un corte-de paño para hacerse un traje. En cuanto a esos rumores de que mandé azotar a la viuda de un subteniente que se dedica al comercio, es una calumnia, por Dios se lo juro, una calumnia. La han inventado esos malvados que me persiguen; son gente tan perversa que sería capaz de atentar contra mi vida.

JLESTAKOV: —¿Ya mí, qué? Yo no tengo nada que ver con ellos... (Meditativo.) Pero no entiendo para qué me habla de unos malvados y de no sé qué viuda de un subteniente. Usted podrá hacer azotar a la viuda de un subteniente, pero conmigo no se atreverá... ¡Bueno, fuera! Yo pagaré, pagaré lo que debo, pero en este momento no tengo dinero. Por eso estoy varado aquí, precisamente: no tengo dinero.

ALCALDE (Aparte.): —¡Mírenlo! ¡Vaya un lince! ¡Ha urdido un galimatías que cualquiera lo entiende Uno ni siquiera, sabe por dónde agarrarlo. ¡Es un ladino! Bueno, suceda lo que suceda. Probaré. (En

voz alta.) Si usted necesita realmente dinero, o cualquier otra cosa, estoy a su disposición. Mi deber es ayudar a los pasajeros que llegan a este pueblo.

JLESTAKOV: —¡Présteme, sí, présteme algún dinero! Le pagaré inmediatamente al posadero. Me bastará con doscientos rublos y aun con menos.

ALCALDE (Tendiéndole los billetes.): —Doscientos justitos, ni siquiera vale la pena que los cuente.

JLESTAKOV. (Tomando el dinero.): —Agradecidísimo. Se lo mandaré apenas haya llegado a mi aldea... Ha sido un imprevisto... Ya veo que usted es un hombre bien nacido. Ahora, el asunto cambia.

ALCALDE (Aparte.): —¡Bueno, menos mal! ¡Aceptó el dinero! Me parece que esto marchará sobre rieles. En lugar de doscientos, le endosé cuatrocientos.

JLESTAKOV: —¡Eh, Osip! (Entra OSIP.) ¡Llama al camarero! (Al ALCALDE y a DÓBCHINSKY.) ¿Por qué están de pie? Háganme el favor, siéntense. (A DÓBCHINSKY.) Siéntese, se lo ruego.

ALCALDE: —No se preocupe, nos quedaremos de pie.

JLESTAKOV: —Les ruego que se sienten. (Al ALCALDE.) Ahora veo la sinceridad de su carácter y la bondad de su corazón; y yo creía que usted había venido para llevarme a... (A DÓBCHINSKY.) ¡Siéntese! (El ALCALDE y DÓBCHINSKY se sientan. DÓBCHINSKY se asoma por la puerta y escucha.)

ALCALDE (Aparte.): —Hay que ser más audaz. Quiere conservar el incógnito. Bueno, fingiré también yo; haré la comedia de que ignoro quién es. (En voz alta.) Al pasearnos en cumplimiento de nuestro deber en compañía del aquí presente Petr Ivánovich Dóbchinsky, hacendado local, entramos ex profeso a la posada para averiguar si trataban bien a los pasajeros. Porque yo no soy uno de esos alcaldes a quienes no les importa nada de nada; al margen de mi deber, por mero espíritu cristiano y humanidad, quiero que a todos los mortales los reciban bien..., y he aquí cómo, a manera de recompensa, el azar me ha hecho trabar una amistad tan agradable.

JLESTAKOV: —También-yo me alegro mucho. De no haber sido por usted, yo, lo confieso, me habría quedado varado largo tiempo aquí... Francamente, no sabía cómo pagar mi deuda.

ALCALDE (Aparte.): —¡Sí, a otro perro con ese hueso! (En voz alta.) Si no es demasiada indiscreción..., ¿podría preguntarle adonde va?

JLESTAKOV: —A la gobernación de Sarátov, a la aldea de nuestra propiedad.

ALCALDE (Aparte, con aire irónico.): —¡A la gobernación de Sarátov! ¡Aja! ¡Y no se ruboriza al mentir! ¡Este es de los que hilan fino! (En voz alta.) Buena idea. Aunque dicen que se pasan malos ratos con los relevos de las postas, también uno se distrae, no cabe duda. Porque supongo que usted viaja más que nada para distraerse..., ¿verdad?

JLESTAKOV: —No, me llama mi padre. El viejo está enojado porque hasta ahora no he progresado en la administración pública, allá en San Petersburgo. Es uno de esos hombres que creen que, apenas

llega uno, le ponen una condecoración en la solapa. ¡Con qué ganas lo mandarían yo a peregrinar por las oficinas públicas, para que viera lo que es bueno!

ALCALDE- (Aparte.): —¡Vaya unas fábulas las que urde! Hasta metió en danza a un padre entrado en años. (En voz alta.) ¿Y se ausenta usted por mucho tiempo?

JLESTAKOV: —Francamente, no lo sé. Mi padre es terco y tonto, lo que se llama un alcornoque. Pienso decirle sin ambages: "Di lo que quieras, pero yo no puedo vivir sin San Petersburgo". Y. realmente... ¿Por qué he de estropearme la vida viviendo entre campesinos? Ahora tengo otras necesidades: mi alma ansia ilustración.

ALCALDE (Aparte.): —¡Buen mejunje! ¡Miente, miente!... ¡Y fresco como una lechuga! Y pensar que es tan flaquito, tan insignificante... ¡Yo podría aplastarlo con la uña! ¡Bueno, espera, hijo mío! Yo te sonsacaré más. ¡Te obligaré a decir más! (En voz alta.) Su observación es muy exacta. ¿Qué se puede hacer en esas soledades? Tomemos este pueblo, por ejemplo. Uno se desvela de noche trabajando por la patria, se sacrifica sin escatimar esfuerzos, pero no sabe cuándo se verá premiado. (Pasea la mirada por la habitación.) Este cuarto parece algo húmedo..., ¿no es así?

JLESTAKOV: —Es detestable. Y con unas chinches como no las he visto en ninguna parte: muerden como perros.

ALCALDE: —¡Es increíble! Un pasajero tan culto y tiene que pasar tan malos ratos... ¿Y por culpa de quiénes?... ¡De unas miserables chinches que no merecían haber nacido! Me parece que aquí ni siquiera hay luz... ¿verdad?

JLESTAKOV: —Ni pizca de luz. El posadero se ha habituado a no mandarme velas. A veces yo quisiera hacer algo, leer... o escribir algo..., y no puedo; esto es oscuro, oscurísimo.

ALCALDE: —Si yo me atreviera a pedirle..., pero, no, no soy digno de semejante honor.

JLESTAKOV: —Pero... ¿a qué, se refiere?

ALCALDE: —¡No, no! ¡No soy digno, no soy digno!

JLESTAKOV: —Pero... ¿a qué se refiere?

ALCALDE: —Si me atreviera... En casa, yo podría ofrecerle un hermoso cuarto, con mucha luz, tranquilo... Pero, no, comprendo que sería demasiado honor. ¡No se enoje, por amor de Dios!... Se lo he ofrecido porque soy todo corazón.

JLESTAKOV: —Por el contrario, tendré mucho gusto. Me sentiré mucho más a mis anchas en una casa particular que en esta posada.

ALCALDE: —¡Cuánto me alegro! ¡Y me imagino la satisfacción de mi mujer! Eso ya es una costumbre mía: soy hospitalario desde niño, sobre todo cuando el huésped es una persona culta. No crea que se lo digo para lisonjearlo; no, no tengo ese vicio, hablo de corazón.

JLESTAKOV: —Muy agradecido. Yo mismo..., tampoco a mí me gustan los hipócritas. Me agradan mucho su franqueza y bondad y confieso que me conformaría con eso, con la fidelidad y el respeto, el respeto y la fidelidad.

Escena IX

Dichos y el CAMARERO, acompañado por OSIP.

CAMARERO: —¿Se sirvió usted llamar?

JLESTAKOV:— Sí: dame la cuenta.

CAMARERO: —Ya se la he dado.

JLESTAKOV: —No recuerdo tus estúpidas cuentas. Habla. ¿Cuánto debo?

CAMARERO: —Usted pidió el almuerzo el día de su llegada y al día siguiente comió esturión, y desde entonces todo lo ha tomado a crédito.

JLESTAKOV: —¡Imbécil! Ahora se te ocurre hacer cálculos. ¿Cuánto se te debe, en total?

ALCALDE: —No se preocupe: puede esperar. (Al CAMARERO.) Vete, ya se te mandará el dinero.

JLESTAKOV: —Después de todo, tiene razón. (Guarda el dinero. El CAMARERO se va. BÓBCHINSKY se asoma por la puerta.)

Escena X

ALCALDE, JLESTAKOV, DÓBCHINSKY.

ALCALDE: —¿No querría inspeccionar ahora algunos establecimientos de nuestro pueblo, el hospital, por ejemplo?

JLESTAKOV: —¿Para qué?

ALCALDE: —Pues... para ver cómo administramos las cosas.... el orden que reina...

JLESTAKOV:— Con muchísimo gusto; estoy a su disposición. (BÓBCHINSKY asoma la cabeza por la puerta.)

ALCALDE: —Además, si lo desea, podemos visitar la escuela y verá cómo se dictan los cursos aquí.

JLESTAKOV: —¡Cómo no, cómo no!...

ALCALDE: —Luego, si quiere visitar nuestras cárceles. . . , verá usted cómo viven los presos.

JLESTAKOV: —¿Las cárceles? ¿Para qué? Más vale que visitemos el hospital.

ALCALDE: —Como guste. ¿Prefiere viajar en su coche o conmigo, en el birlocho?

JLESTAKOV: —Iré más bien con usted, en el birlocho.

ALCALDE (A DÓBCHINSKY.): —Bueno, Petr Ivánovich. Ahora ya no queda lugar para usted.

DÓBCHINSKY:— No importa, iré así, así no más.

ALCALDE (En voz baja a DÓBCHINSKY.): —Escúcheme: corra, pero corra de veras, con alma y vida, y lleve estas dos cartitas: la una a Zemlianika, al hospital, y la otra a mi mujer. (A JLESTAKOV.) ¿Puedo

atreverme a pedirle permiso para escribirle en su presencia dos líneas a mi esposa, a fin de que se disponga a recibir a tan respetable huésped?

JLESTAKOV: —¿Para qué?... Bueno, si lo desea, aquí tiene la tinta, pero en cuanto al papel..., no sé...¿Querría usar el de esta cuenta?

ALCALDE: —Aquí mismo lo escribiré. (Escribe, y mientras tanto dice para sí.) ¡Ya veremos cómo marchan las cosas después de una buena comida y una botella de vino añejo! Tenemos por ahí un Madera que parece de poco cuerpo, pero engañoso: es capaz de derribar a un elefante. Me bastaría con descubrir los puntos que calza este hombre y si es de cuidado. (Terminada la misiva, se la da a DÓBCHINSKY, el cual se dispone a salir, pero en ese instante la puerta se desprende de sus goznes y BÓBCHINSKY, quien había estado escuchando desde el otro lado, se desploma con ella sobre el escenario. Todos profieren exclamaciones. BÓBCHINSKY se levanta.)

JLESTAKOV: —¿No se habrá lastimado usted en alguna parte?

BÓBCHINSKY: —No, no, en absoluto, sólo me magullé un poco la nariz. Haré una escapadita a ver a Cristian Ivánovich, tiene unos emplastos que curan esas cosas en un santiamén.

ALCALDE (Con un gesto de reproche a BÓBCHINSKY, le dice a JLESTAKOV.): —No es nada. ¡En marcha, se lo ruego! Le diré a su criado que lleve la maleta. (A OSIP.) Amigo mío, llévalo todo a mi casa, la casa del alcalde. . ., te la indicará cualquiera. ¡Pase, se lo ruego! (Hace pasar a JLESTAKOV y lo sigue, pero se vuelve y le dice con tono de censura a BÓBCHINSKY.) ¡Vaya! ¿No encontró usted mejor lugar donde caer? ¡Y qué manera de estirarse! (Mutis. Lo sigue BÓBCHINSKY. Baja el telón.)

ACTO TERCERO

(El mismo cuarto del primer acto.)

Escena Primera

ANA ANDREEVNA y MARÍA ANTÓNOVNA (ambas de pie junto a la ventana, en la misma actitud en que las sorprendiera el final del primer acto).

ANA ANDREEVNA: —Hace una hora que estamos esperando. ¡Y pensar que tú, con tu estúpida coquetería, eres la culpable de que nos hayamos quedado sin saber nada! ¡Qué fastidio! ¡No pasa nadie! ¡Se diría que todo el mundo ha muerto!

MARÍA ANTÓNOVNA: —Te aseguro, mamita, que dentro de dos minutos lo sabremos todo. Avdotia debe llegar de un momento a otro. (Mira por la ventana y profiere un grito.) ¡Ay, mamita, mamita! Alguien viene desde el otro extremo de la calle.

ANA ANDREEVNA: —¿Dónde, dónde viene? ¡Tú siempre con tus fantasías! Bueno, sí, alguien viene. ¿Quién será? Bajito. . . , de frac. . . Pero. . . , ¿quién será? ¡Cómo me fastidia no saberlo! ¿Quién será?

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Es Dóbchinsky, mamita!

ANA ANDREEVNA: —¡Qué ha de ser Dóbchinsky! A ti siempre se te ocurre algo que. . . ¡No es Dóbchinsky ni nada que se le parezca! (Agita el pañuelo.) ¡Eh, oiga, venga aquí, apúrese!

MARÍA ANTÓNOVNA: —Es Dóbchinsky, realmente, mamita.

ANA ANDREEVNA: —Bueno, sí, es Dóbchinsky, ahora lo veo. . . ¿A qué tanta discusión? (Grita por la ventana.) ¡Pronto, pronto! ¡Camine con más rapidez! Bueno... ¿Dónde están ellos? ¿Eh? Pero contésteme desde ahí, tanto da. ¿Y? ¿Es muy severo el forastero? ¿Eh? ¿Y mi marido, mi marido? (Apartándose un poco de la ventana, con fastidio.) ¡Qué estúpido! ¡No le cuenta nada a una antes de llegar aquí!

Escena II

Dichos y DÓBCHINSKY.

ANA ANDREEVNA: —Vamos, dígame, haga el favor. ¿No tiene vergüenza? Yo confiaba en usted, lo creía un hombre decente. ¡Y de pronto, todos se escapan y usted se va con ellos! Y yo, hasta ahora, no entiendo nada de lo que sucede. ¿No tiene vergüenza? ¡Yo soy la madrina de sus dos hijitos, y mire qué manera de portarse conmigo!

DÓBCHINSKY: —¡Por Dios, comadre! Fui corriendo con tanta prisa a

presentar mis respetos que todavía estoy sin aliento. ¿Cómo está usted, María Antónovna?

MARÍA ANTÓNOVNA; —Buenos días, Petr Ivánovich.

ANA ANDREEVNA: —Bueno... ¿Y qué pasa? ¡Cuenta! ¿Qué pasa allí?

DÓBCHINSKY: —Antón Antónovich le manda una cartita.

ANA ANDREEVNA: —Bueno, pero. .. ¿Qué tal es él? ¿Es un general?

DÓBCHINSKY:—No, no es un general, pero vale tanto como un general. ¡Tanta es su educación y finura! Y se porta de una manera tan importante.

ANA ANDREEVNA:—¡Ah! ¿De modo que es el mismo sobre el cual le escribieron a mi marido?

DÓBCHINSKY: —El mismo. Yo fui el primero en notarlo, junto con Petr Ivánovich.

ANA ANDREEVNA:—Bueno, cuéntemelo todo.

DÓBCHINSKY: —A Dios gracias, todo va bien. Al principio, el visitante acogió a Antón Antónovich con cierta severidad, eso es; se enojó y dijo que en la posada todo marchaba mal y que no iría a casa de Antón Antónovich y que no quería ir a la cárcel por él; pero luego, al descubrir la inocencia de Antón Antónovich y después de hablar con él, cambió de idea y, a Dios gracias, todo marchó bien. Ahora, han ido a visitar el hospital. . . Por un momento, Antón Antónovich temió que hubiera una denuncia; yo mismo me asusté un poco.

ANA ANDREEVNA: —¿Y por qué habría de asustarse? Usted no es empleado público.

DÓBCHINSKY: —Bueno, le diré... Cuando habla un hombre de tanta jerarquía, uno siente miedo.

ANA ANDREEVNA: —Vamos... Esas son tonterías. Cuénteme... ¿Qué aspecto tiene el forastero? ¿Es viejo o joven?

DÓBCHINSKY: —Joven, joven, de unos veintitrés años; pero habla como un viejo. "Yo", dice, "soy afecto a escribir y a leer; lo malo es que en la habitación hay poca luz".

ANA ANDREEVNA: —¿Cómo es? ¿Moreno o rubio?

DÓBCHINSKY: —Ni lo uno ni lo otro. De cabello más bien castaño y con unos ojos tan movedizos que hasta lo turban a uno.

ANA ANDREEVNA: —¿Qué me escribe aquí mi marido? (Lee.) "Me apresuro a comunicarte, querida, que mi estado era bastante deplorable; pero, gracias a la misericordia divina", por dos pepinos en vinagre y media porción de huevas de arenque, un rublo con veinticinco centavos... (Se interrumpe.) No entiendo nada. ¿Qué tienen que ver aquí los pepinos en vinagre y las huevas de arenque?

DÓBCHINSKY: —Es que Antón Antónovich lo escribió en papel de estraza, para mayor rapidez; y ahí estaba no sé qué cuenta.

ANA ANDREEVNA:—¡Ah, claro! (Sigue leyendo.) "Pero, gracias a la misericordia divina, parece que todo terminará bien. Prepárale pronto una habitación al importante huésped, la del empapelado amarillo. En cuanto al almuerzo, no te molestes en agregar cosas, ya que comeremos algo en el hospital, con Artemio Filípovich, pero ordena que preparen más vino: dile al mercader Abdulin que mande del

mejor: si no lo hace, le revolveré todo el sótano. Beso tu mano, querida, y soy siempre tuyo, Antón Scvoznik Dmujanovsky. . ." ¡Oh Dios mío! ¡Pero hay que darse prisa! ¡Eh! ¿Quién está ahí? ¡Mishka! DÓBCHINSKY (Corre hacia la puerta y grita.): —¡Mishka, Mishka, Mishka!

(Entra el criado MISHKA.)

ANA ANDREEVNA: —Escúchame: corre al almacén de Abdulin. Espera, te daré una cartita para él. . . (Se sienta a la mesa, escribe y mientras tanto sigue hablando.). .. Dale esta cartita a Isidoro, el cochero, y dile que corra con ella al almacén de Abdulin y que traiga vino. Y tú, arregla inmediatamente la habitación amarilla para el huésped. Pon ahí una cama, un lavabo y todo lo demás.

DÓBCHINSKY: —Bueno, Ana Andreevna. Ahora, correré a ver cómo inspecciona ese forastero el hospital.

ANA ANDREEVNA: —¡Vaya, vaya! No lo detengo.

Escena III

ANA ANDREEVNA y MARÍA ANTÓNOVNA.

ANA ANDREEVNA: —Bueno, Máshenka. Ahora tenemos que engalanarnos. Ese hombre viene de la metrópoli. ¡Dios nos libre y guarde de que se ría de nosotras! Lo mejor será que te pongas el vestido celeste, el de lunares pequeños.

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Oh mamita! ¡El celeste, no! ¡No me gusta! La hija de Liapkin-Tiapkin viste de celeste y la hija de Zemlianika también. Será mejor que me ponga el floreado.

ANA ANDREEVNA: —¡El floreado! Lo que más te gusta es llevarme la contraria. El celeste te sentará mucho mejor, porque yo quiero ponerme el anaranjado : me gusta mucho.

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Oh mamita! ¡El anaranjado no te sienta bien!

ANA ANDREEVNA: —¿Que el anaranjado no me sienta bien, dices?

MARÍA ANTÓNOVNA: —De veras que no: te apuesto lo que quieras: para usarlo, hay que tener los ojos oscuros.

ANA ANDREEVNA: —¡Esa sí que es buena ¿Y acaso yo no tengo los ojos oscuros? ¡Los más oscuros del mundo! ¡Qué tontería estás diciendo!

MARÍA ANTÓNOVNA: —Te digo que no son oscuros, mamita.

ANA ANDREEVNA: —Tonterías, tonterías. No sabes qué estás diciendo. (Sale precipitadamente con su hija y se la oye hablar entre bastidores.) ¡Vaya una ocurrencia! ¡Que mis ojos no son oscuros! ¡Esa sí que es buena!

(Cuando se han ido, se abre la puerta y MISHKA arroja por ella a la calle la basura. Por otra puerta, entra OSIP con una maleta sobre la cabeza.)

Escena IV

MISHKA y OSIP.

OSIP:—¿Por dónde?

MISHKA:—¡Por aquí, amiguito, por aquí!

OSIP: —Espera, déjame tomar aliento. ¡Qué vida! Cuando uno tiene vacía la panza, cualquier carga le parece pesada.

MISHKA: —Dime, amiguito... ¿Vendrá pronto el general?

OSIP:—¿Qué general?

MISHKA:—Tu amo, pues.

OSIP : —¿Mi amo? ¿Qué general quieres que sea?

MISHKA: —¿Acaso no lo es?

OSIP: —Sí, es general, pero del otro lado.

MISHKA: —Y eso... ¿es más o menos que un general de verdad?

OSIP: —Más.

MISHKA: —¡Aja! ¡Con razón todos están aquí tan alborotados!

OSIP : —Oye. .. Tú, por lo que veo, eres un chico despierto.

¡Prepárame algo de comer!

MISHKA: —Para ti, amiguito, todavía no tenemos nada preparado. No querrás comer un plato sencillo. De modo que, cuando tu amo se siente a la mesa, te darán lo mismo.

OSIP: —¿Qué platos sencillos tienen ustedes?

MISHKA: —Coles, kasha y torta.

OSIP: —¡Vengan las coles, la kasha y la torta! No temas, comeré de todo. ¡Bueno, .llevemos la maleta!

¿ Hay otra salida por ahí?

MISHKA: —Sí que la hay. (Ambos llevan la maleta a la habitación lateral.)

Escena V

(Dos VIGILANTES abren ambos batientes de la puerta. Entran JLESTAKOV, luego el ALCALDE, y después el DIRECTOR DEL HOSPITAL, el SUPERVISOR DE ESCUELAS, DÓBCHINSKY y BÓBCHINSKY, éste con un parche sobre la nariz. El ALCALDE les indica a los VIGILANTES un papel que está en el suelo y ambos corren a levantarlo, empujándose mutuamente.)

JLESTAKOV: —¡Lindo hospital!... Me alegro de que ustedes acostumbren mostrarles a los pasajeros todo lo que vale la pena de verse en el pueblo. En otros pueblos, no me han mostrado nada.

ALCALDE: —Es que en otras localidades, permítame que se lo diga, los alcaldes y demás funcionarios sólo se preocupan de medrar: y aquí, por así decirlo, sólo se piensa en merecer la atención de los superiores con la laboriosidad y la abnegación.

JLESTAKOV: —El almuerzo ha sido excelente: he comido hasta hartarme. ¿Todos los días se come así aquí?

ALCALDE: —El almuerzo ha sido preparado ex profeso para tan grato visitante.

JLESTAKOV: —Me gusta comer, lo confieso. Para eso se vive, pues. Para arrancar las flores del placer. ¿Cómo se llamaba aquel pescado?

ARTEMIO FILÍPOVICH (Se acerca corriendo, y dice con una reverencia.): —Labardán.

JLESTAKOV: —Muy sabroso. ¿Dónde almorzamos? En el hospital..., ¿verdad?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Eso es.

JLESTAKOV: —Ya recuerdo, ya recuerdo, había camas. ¿Y los enfermos se han curado? Me parece que no eran muchos.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Han quedado unos diez, nada más: todos los demás se han curado. Así andan las cosas aquí. Desde que me hice cargo del hospital (quizás eso le parezca hasta increíble), todos se curan en un abrir y cerrar de ojos, como moscas. Apenas ingresa un paciente, ya está curado; y no tanto con los medicamentos como con la honradez y el orden.

ALCALDE: —¡Le aseguro que si algo da dolores de cabeza, son los deberes de un alcalde! ¡Hay tantos asuntos que resolver! Problemas de limpieza, de reparaciones, de arreglos...; en una palabra, el más inteligente de los hombres se vería en dificultades. Pero, a Dios gracias, todo va bien. Otro alcalde, naturalmente, sólo pensaría en su beneficio personal, pero..., ¿me creerá usted?... hasta cuando uno se acuesta a dormir, cavila: "Santo Dios..., ¿cómo podría yo hacer para que los jefes advirtieran mi celo y quedaran satisfechos?"

Naturalmente, no sé si me premiarán por mi afán, eso ya depende de ellos; pero, por lo menos, viviré tranquilo. Si en el pueblo reina el orden, las calles están barridas, los presos son mantenidos debidamente y hay pocos borrachos... ¿Qué más puedo pretender? No quiero honores. Claro que son atractivos, pero ante la virtud todo es oropel y vanidad.

ARTEMIO FILÍPOVICH (Aparte.): —¡Cómo pinta sus méritos el muy zángano! ¡Dios le dio el don de la elocuencia!

JLESTAKOV: —Es verdad. Reconozco que también yo suelo meditar con gusto: mas a veces escribo en prosa y otras hasta versitos.

BÓBCHINSKY (A DÓBCHINSKY.): —¡Exacto, exacto, Petr Ivánovich! Hace unas observaciones que... Se ve que es un hombre culto.

JLESTAKOV (Al ALCALDE.): —Dígame, por favor... ¿No tienen ustedes algunos pasatiempos, unas sociedades donde, por ejemplo, se pueda jugar a los naipes?

ALCALDE (Aparte.): —¡Ya veo a dónde apuntas, querido! (En voz alta.) ¡Líbrenos Dios! Aquí ni siquiera hemos oído hablar de semejantes sociedades. Yo nunca he tomado en la mano un naipe; ni siquiera sé jugar. Nunca he podido mirarlos con aprecio, y si por casualidad veo a un rey de corazones o cualquier otra figura, siento tanta repulsión que me dan ganas de escupir. En cierta oportunidad, para divertir a los chicos, les hice un castillo de naipes; y después, durante toda la noche, soñé con esos malditos. ¡Al diablo con ellos! ¿Cómo podemos perder así nuestro valioso tiempo?

LŪKÁ LŪKICH (Aparte.): —¡Y a mí el muy sinvergüenza me ganó ayer cien rublos al whist!

ALCALDE: —Será mejor que yo use ese tiempo para el servicio de la

patria.

JLESTAKOV: —Vamos, vamos... Usted exagera. Todo eso depende... Si a uno le falta una carta para hacer escalera, entonces, naturalmente... De veras, créame; a veces resulta muy agradable jugar un rato.

Escena VI

Dichos, ANA ANDREEVNA y MARÍA ANTÓNOVNA.

ALCALDE: —Me permito presentarle a mi familia: mi esposa y mi hija.

JLESTAKOV (Con una reverencia.): —¡Qué feliz me siento, señora, al tener el placer de verla!

ANA ANDREEVNA: —A nosotros nos resulta más agradable aún ver a semejante personaje.

JLESTAKOV (Alardeando.): —De ningún modo, señora, todo lo contrario: es a mí a quien me resulta más agradable.

ANA ANDREEVNA: —¡No, no! Usted lo dice por mero cumplimiento. Le ruego que se siente.

JLESTAKOV: —Estar de pie a su lado es ya una felicidad; por lo demás, si insiste, me sentaré. ¡Qué feliz me siento de estar sentado finalmente a su lado! .

ANA ANDREEVNA: —Por favor, no me atrevo a creer que lo diga por mí... Supongo que, después de vivir en la metrópoli, el viaje le habrá resultado muy desagradable.

JLESTAKOV: —Sumamente desagradable. Cuando uno está habituado a vivir en sociedad..., comprenez vous?..., eso de encontrarse repentinamente en plena carretera... con las sucias posadas, las tinieblas de la ignorancia. .. De no mediar esta casualidad, que... (Mira de arriba abajo, a ANA ANDREEVNA, y adopta una actitud donjuanesca) me compensa todos los sinsabores...

ANA ANDREEVNA: —Realmente... ¡Qué malos ratos debe haber pasado usted!

JLESTAKOV: —Por lo demás, señora, en este momento estoy pasando un buen rato.

ANA ANDREEVNA: —¡No puedo creerlo! Me hace usted demasiado honor. No lo merezco.

JLESTAKOV: —¿Por qué no lo ha de merecer? Sí que lo merece, señora.

ANA ANDREEVNA: —Vivo en una aldea.

JLESTAKOV: —Pero hasta las aldeas tienen sus lomas, sus arroyos...

¡Bueno, claro que no se las puede comparar con San Petersburgo!

¡Ah, San Petersburgo! ¡Qué vida! Quizás usted suponga que soy un simple escribiente; pues no, el jefe es íntimo mío. A veces, me da una palmada en el hombro y me dice:

"¡Ven a almorzar conmigo, hermano!" Apenas entro por dos minutos a la oficina, nada más que para decir: esto debe hacerse así y aquello

así. Y no bien lo digo, el escribiente dale que te dale con la pluma... Hasta quisieron ascenderme a secretario del ministro, pero les dije: "¿Para qué? ¡No vale la pena!" Y el conserje corre detrás de mí por la escalera con el cepillo y me dice: "Permítame que le lustre las botas, Iván Aleksándrovich". (Al ALCALDE.) ¿Por qué están de pie, señores? ¡Tengan la bondad de sentarse!

ALCALDE: —Ante tanta jerarquía, podemos estar de pie.

ARTEMIO FILÍPOVICH —Nos quedaremos tiempo, al mismo tiempo

LUKÁ LÚKICH:—¡No se moleste!

JLESTAKOV:—¡Olvídense de la jerarquía! Les ruego que tomen asiento. (El ALCALDE y los demás se sientan.) No me gustan tantas ceremonias. Por el contrario: hasta trato de pasar inadvertido. ¡Pero no hay forma de ocultarse, no hay forma! Apenas entro a alguna parte, ya oigo decir: "¡Ahí está Iván Aleksándrovich!" En cierta oportunidad, hasta me confundieron con el general en jefe: los soldados salieron corriendo de los cuarteles y presentaron armas. Más tarde, el oficial, que es muy amigo mío, me dijo: "Bueno, hermano. Te habíamos confundido por completo con el general en jefe".

ANA ANDREEVNA: —¡No me diga!

JLESTAKOV: —Tengo amistad con las actrices bonitas. He escrito algunos vodeviles... ¿Comprenden? Me encuentro a menudo con los literatos. Soy amigo de Pushkin. A veces le digo: "¿Qué tal, hermano Pushkin?" Y él me contesta: "Y... Así vamos... Así vamos, no más". Es un individuo muy original.

ANA ANDREEVNA: —¿De modo que usted también escribe? ¡Qué agradable debe ser eso! Seguramente, publica cosas en las revistas..., ¿verdad?

JLESTAKOV: —Sí, a menudo. He escrito muchas obras: Las Bodas de Fígaro, Roberto el Diablo, Norma. Ya ni siquiera recuerdo los nombres. Todo ha sido obra del azar. No tenía ganas de escribir, pero la dirección artística del teatro me decía: "Por favor, hermano, escríbenos alguna cosa". Y pensé: "Bueno, vamos a complacerlos". Y lo escribí todo en una noche, si mal no recuerdo, y se quedaron asombrados. Mi agilidad mental es maravillosa. Todo lo que se ha publicado con el nombre de Barón Branbeus, de La Fragata Esperanza y El Telégrafo de Moscú..., todo eso lo he escrito yo.

ANA ANDREEVNA: —¡Oh! ¿De modo que usted es Branbeus?

JLESTAKOV: —ANA ANDREEVNA: —Entonces, seguramente el Iuri Miloslavsky también es obra suya.

JLESTAKOV: —Sí que lo es.

ANA ANDREEVNA: —Me lo imaginé en seguida.

MARÍA ANTONOVNA: —¡Oh mamita! Ahí dice que es una obra del señor Zagoskin.

ANA ANDREEVNA: —Ya sabía yo que hasta eso ibas a discutírmelo.

JLESTAKOV: —¡Oh, pero si es cierto! Esa obra es de Zagoskin. Pero hay otro Iuri Miloslavsky que es mío.

ANA ANDREEVNA: —Entonces, debo haber leído el suyo. ¡Estaba tan

bien escrito!

JLESTAKOV: —Yo, lo confieso, vivo de la literatura. Mi casa es la mejor de San Petersburgo. Es bien conocida; todos hablan de la casa de Iván Aleksándrovich. (Volviéndose hacia los demás.) Háganme el favor, señores. Si visitan a San Petersburgo, no dejen de visitarme. Hasta doy bailes.

ANA ANDREEVNA: —Supongo que los bailes son allí suntuosos y de muy buen gusto..., ¿verdad?

JLESTAKOV: —¡Ni me hable! A la mesa, por ejemplo, sirven sandías que valen setecientos rublos. La sopa que está en la marmita acaba de llegar de París; uno levanta la tapa y sale un vapor nunca visto. Todos los días voy a bailes. Hemos formado un quinteto para jugar al whist: el ministro de Relaciones Exteriores, el embajador francés, el embajador inglés, el embajador alemán y yo. ¡A veces, uno se cansa tanto jugando!... Cuando uno vuelve a casa, sube al cuarto piso y sólo le quedan fuerzas para decirle a la cocinera: "Toma el abrigo, Mavra..." ¡Ah, qué tonto! Se me olvidaba que ocupó todo un piso en el primero. Tengo una escalera tan suntuosa que sólo eso me ha costado... Lo curioso es ver mi antesala cuando todavía no me he despertado: los condes y los duques se empujan y zumban allí de tal modo que parecen unos moscardones. . . A veces, aparece un ministro... (El ALCALDE y los demás, intimidados, se ponen de pie.) Cuando me mandan un paquete, hasta suelen poner: "Para Su Excelencia". En cierta ocasión, fui jefe de una repartición. Y, de pronto, el director general se fue..., no se sabe a dónde. Naturalmente, se empezó a hablar del posible sustituto. Hubo muchos generales que intentaron ocupar el cargo, pero tuvieron que dejarlo. . . , era demasiado difícil. . . La tarea parecía simple..., ¡pero, en realidad, era endiablada! Finalmente, vieron que no había nada que hacer...., y recurrieron a mí. Y empezaron a mandarme una legión de emisarios..., uno tras otro, uno tras otro. "¡Iván Aleksándrovich, venga a dirigirnos la repartición!" Confieso que me desconcerté un poco, salí a recibirlos en bata y quise negarme, pero pensé que el zar se enteraría de la negativa y que además eso sería una nota discordante en mi foja de servicios. . . "Buenos, señores, acepto el cargo", les dije. "Así sea. Pero conmigo... ¡mucho ojo! ¡Mucho ojo! Porque yo..." Y, efectivamente, cuando paso por la repartición..., aquello parece un terremoto..., todo tiembla como una hoja. (El ALCALDE y los demás tiemblan de terror; JLESTAKOV se enardece más aún.) ¡Oh, nada de bromas conmigo! A todos ellos les hice marchar derechos. A mí me teme el propio consejo imperial. ¡Y claro! ¿Por qué no? ¡Yo soy así! No me importa nadie. . . Les digo a todos: "Yo sé quién soy". Voy a todas partes. Visito el palacio a diario. Pronto me nombrarán minist... (Resbala y poco le falta para caer de bruces al suelo, pero los funcionarios lo sostienen respetuosamente.)

ALCALDE (Acercándose y temblando de pies a cabeza, se esfuerza en decir.): —Exc... Exc... Exc...

JLESTAKOV (Rápidamente y con voz cortante.): —¿Qué hay?
ALCALDE : —Exc... Exc... Exc...
JLESTAKOV (Con la misma voz-). —Tonterías... ¡No entiendo nada!
ALCALDE: —Exc... Excelencia... ¿No querría Su Excelencia descansar?
Tiene preparada la habitación y todo lo necesario.
JLESTAKOV: —¿Descansar? ¡Qué tontería! Bueno, sea, estoy
dispuesto a descansar. El almuerzo que me han ofrecido, señores, ha
sido muy sabroso... Estoy contento, contento. (Con énfasis.)
¡Labardán! ¡Labardán! (Sale por una puerta lateral, seguido por el
ALCALDE.)

Escena VII

Dichos, menos JLESTAKOV y el ALCALDE.

BÓBCHINSKY (A DÓBCHINSKY.): —¡Ese sí que es un hombre, Petr
Ivánovich! ¡He aquí lo que significa un hombre! Nunca estuve en
presencia de un personaje tan importante. ¿Qué le parece, Petr
Ivánovich? ¿Qué jerarquía tendrá?
DÓBCHINSKY: —Supongo que no le faltará mucho para general.
BÓBCHINSKY: —Pues yo opino que un general no le llega ni a las
botas: y si es un general, será por lo menos el generalísimo. ¿Oyó lo
que dijo del consejo imperial? Vamos, vamos a contárselo pronto a
Amos Fédorovich y a Korobkin. ¡Hasta pronto, Ana Andreevna!
DÓBCHINSKY: —¡Hasta pronto, comadre! (Ambos hacen mutis.)
ARTEMIO FILÍPOVICH (A LUKÁ LÚKICH.): —La verdad es que uno
tiene miedo y no sabe de qué. ¡Y ni siquiera nos hemos puesto el
uniforme! ¿Y qué pasará si, cuando se despierte, se le ocurre mandar
una denuncia a San Petersburgo? (Se van, con aire pensativo, junto
con el SUPERVISOR DE ESCUELAS, diciendo.) ¡Adiós, señora!

Escena VIII

ANA ANDREEVNA y MARÍA ANTÓNOVNA.

ANA ANDREEVNA: —¡Oh, qué agradable!
MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Oh, es un encanto!
ANA ANDREEVNA: —¡Qué finura en los modales! Se ve
inmediatamente que es de San Petersburgo. Me gustan muchísimo
esos jóvenes. Me gustan con locura. Por lo demás, le agradé mucho:
lo noté. Me miraba sin cesar.
MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Oh mamita! Era a mí a quien miraba.
ANA ANDREEVNA: —¡Haz el favor de no decir absurdos! Eso está
completamente fuera de lugar.
MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Te aseguro que sí, mamita!
ANA ANDREEVNA: —¡Bueno, ya apareció aquello! ¡Cómo no me ibas a
discutir! ¿Para qué te iba a mirar el huésped?

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡De veras, mamita! Te digo que me miró. Cuando empezó a hablar de literatura me miró y después, al contar cómo jugaba al whist con los embajadores, volvió a mirarme.
ANA ANDREEVNA: —Bueno, puede ser que alguna vez te haya mirado, pero para salir del paso, nada más. "Bueno", habrá pensado, "¡la miraré a ella un poco también!"

Escena IX

Dichos y el ALCALDE.

ALCALDE (Entrando en puntas de pie.): —¡Chist..., chist!

ANA ANDREEVNA: —¿Qué ?

ALCALDE: —Lamento haberle dado tanto de beber. ¿Y si sólo fuera cierto la mitad de todo lo que nos ha dicho? (Se queda pensativo.) ¿Y por qué no ha de serlo? Cuando un hombre ha bebido, dice la verdad. Claro que habrá mentido algo; pero ya se sabe, no se puede hablar sin mentir un poco. Juega a las barajas con los ministros y va a palacio... Cuanto más lo piensa uno, más caos tiene en la cabeza.

ANA ANDREEVNA: —Pues yo no sentí la menor timidez.: simplemente, vi en él a un hombre culto y de mundo. Las jerarquías no me importan.

ALCALDE: —¡Ah, ustedes las mujeres! ¡Mujeres y basta! ¡Para ustedes, todo son bagatelas! Hablaste con él como si fuera un Dóbchinsky cualquiera.

ANA ANDREEVNA: —De esto, te aconsejo que no te preocupes. Nosotras sabemos ciertas cosas... (Mira fijamente a su hija.)

ALCALDE (Aparte.): —¿Para qué voy a perder el tiempo hablando con ustedes?... ¡Qué barbaridad! Todavía no se me ha pasado el susto. (Abre la puerta y habla hacia afuera.) ¡Mishka! Llama a los vigilantes, a Svistunov y a Derjimorda: deben estar cerca. (Breve pausa.) ¡Las cosas que se ven! Vaya y pase si fuera un hombre de aspecto respetable, importante, pero es flacucho, pequeño. .. ¿Cómo se podría adivinar quién es? Todavía, si fuera un militar, eso ayudaría a reconocerlo, pero el que se pone un frac... parece una mosca con las alas cortadas. ¡Y pensar en todos los rodeos con que habló en la posada!. . . ¡Creí que no nos entenderíamos! Pero, finalmente, se rindió con armas y bagajes. Y hasta habló más de la cuenta. Se ve que es joven.

Escena X

Dichos y OSIP. Todos corren a su encuentro, llamándolo con el dedo.

ANA ANDREEVNA: —¡Ven aquí, querido!

ALCALDE: —¡Chist!... ¿Y qué? ¿Duerme?

OSIP: —Todavía no... Se está revolviendo en la cama.

ANA ANDREEVNA:—Oye;.. ¿Cómo te llamas?

OSIP:—Osip, señora.

ALCALDE (A su mujer y a su hija.): —¡Basta, cállense! (A OSIP.)

Bueno, amigo. Te han dado de comer bien. . ., ¿verdad?

OSIP: —Sí, muchísimas gracias. Muy bien.

ANA ANDREEVNA: —Bueno, dime... A tu amo lo visitan a menudo condes y duques..., ¿verdad?

OSIP (Aparte.): —¿Qué le diré? Creo que, si me han dado de comer bien después me darán de comer mejor. (En voz alta.) Sí, suelen venir condes.

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Osip, tesoro! ¡Qué guapo es tu amo!

ANA ANDREEVNA: —Dime una cosa, querido Osip... ¿Cómo es que;..?

ALCALDE: —¡Pero... basta, basta! Con esa palabrería ustedes no hacen más que desconcertarlo. Bueno... ¿Qué nos dices, amigo?

ANA ANDREEVNA: —¿Qué jerarquía tiene tu amo?

OSIP: —¿Qué jerarquía? Ya se sabe qué jerarquía.

ALCALDE: —¡Ah, Dios mío! ¿Hasta cuándo seguirán ustedes con sus estúpidas preguntas? No me dejan hablar ni un momento de cosas concretas. Vamos, dime, amiguito... ¿Cómo es tu amo? ¿Severo?... ¿Le gusta echar sermones o no?

OSIP: —Sí, le gusta el orden. Quiere que todo esté bien.

ALCALDE: —Me gusta mucho tu cara, amigo. Debes ser un buen hombre... Bueno, mira...

ANA ANDREEVNA: —Escúchame, Osip... ¿Cómo viste allí tu amo? ¿De uniforme ?

ALCALDE: —¡Basta, basta, cotorras! Aquí hay que hablar de lo positivo: está en juego la vida de un hombre. (A OSIP.) Como te decía, amigo, me gustas mucho. Por el camino, no está de más tomar otra taza de té (ahora está haciendo frío), de modo que aquí tienes un par de rublos para el té.

OSIP (Tomando el dinero.): —¡Agradecidísimo, señor! ¡Que Dios le dé salud de toda clase! Le ayuda usted a un pobre hombre.

ALCALDE: —Bueno, bueno. Me alegro... Dime, amigo...

ANA ANDREEVNA: —¡Osip, querido mío! ¿Qué ojos le gustan más a tu amo?

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Osip, tesoro! ¡Qué nariz tan pequeña tiene tu amo!

ALCALDE: —Pero basta, basta... ¡Déjenme hablar! (A OSIP) Dime una cosa, por favor, amigo mío... ¿Qué le gusta más a tu amo cuando viaja, qué le llama más la atención?

OSIP: —Según. Más que nada, le gusta que lo atiendan como es debido, que le den bien de comer.

ALCALDE: —¿Bien?

OSIP: —Sí, bien. Ya lo ve... Hasta de mí se preocupa, de mí, que soy su siervo y quiere que también me atiendan debidamente. A veces, visitamos a alguien y luego me pregunta: "Dime, Osip... ¿Te han dado de comer bien?" "Mal, Excelencia", le contesto. "¡Ah!", dice.

"Entonces, ésa debe ser mala gente. Recuérdamelo cuando llegue a San Petersburgo." "Bah", pienso, "entonces (hace un gesto), ¡que Dios los perdone!" ¡Yo soy un hombre sencillo!

ALCALDE: —Bueno, bueno, eso es hablar. Ya te di para el té. Toma, ahora, para unos pastelillos.

OSIP (Tomando el dinero.): —¿Por qué se molesta, Excelencia?

(Guarda el dinero.) Bueno. ¡Beberé a su salud!

ANA ANDREEVNA: —¡Ven a verme, Osip, también yo te regalaré algo!

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Osip, tesorito, llévale un beso a tu amo!

(Ruido en el cuarto al que entró JLESTAKOV.)

ALCALDE: —¡Chist! (Se pone en puntas de pie y dice en voz, baja.)

¡Dios las libre de hacer ruido! ¡Váyanse!. .. Basta ya...

ANA ANDREEVNA: —¡Vamos, Máshenka! Ya te lo dije... Observé en el huésped algunas cosas de las cuales sólo entre nosotras podemos hablar.

ALCALDE: —¡Bueno, ya seguirán charlando allá! Una vez quise escucharlas, pero renuncié... ¡Más vale taparse los oídos!

(Volviéndose hacia OSIP.) Bueno, amigo...

Escena XI

Dichos, DERJIMORDA y SVISTUNOV

ALCALDE: —¡Chist! ¡Caminan como unos osos! ¡Vaya una manera de golpear con las botas! ¡Entraron con tanto estrépito como si alguien hubiese dejado caer diez toneladas de una carreta! ¿Dónde diablos estaban?

DERJIMORDA: —Fui a cumplir órdenes...

ALCALDE: —¡Chist! (Le tapa la boca.) ¡Qué graznido! (Lo remeda.) ¡A cumplir órdenes! ¡Tu voz parece salir de un tonel! (A OSIP.) Bueno, amigo, ve a preparar lo que necesite tu amo. Puedes pedir todo lo que haya en la casa. (OSIP se va.) Y ustedes..., ¡monten guardia en el porche y no se muevan de ahí! ¡No dejen entrar a ningún extraño, sobre todo a ningún mercader! ¡Si entra uno solo, yo...! Apenas vean llegar a alguien con una queja (o que, aunque no traiga un papel con una queja, parezca dispuesto a quejarse de mí), ¡agárrenlo del cuello y aléjenlo de aquí! ¡Y denle uno de éstos! (Gesto de dar un puntapié.) ¿Entienden? Chist...Chist.

(Se va en puntas de pie, en pos de los VIGILANTES.)

ACTO CUARTO

(La misma habitación en casa del alcalde.)

Escena Primera

Entran cautelosamente, casi en puntas de pie, AMOS FÉDOROVICH, ARTEMIO FILÍPOVICH, el JEFE DE CORREOS, LUKÁ LÚKICH, DÓBCHINSKY y BÓBCHINSKY, estos últimos muy engalanados, aquéllos en uniforme de gala. Toda la escena se desarrolla a media voz.

AMOS FÉDOROVICH (Reúne a todos en semicírculo.): —¡Por amor de Dios, señores, formemos pronto un círculo cerrado y más orden! ¡Dios sea loado! ¡Ese hombre va a palacio y sermonea al consejo imperial! ¡Tenemos que presentar armas, por así decirlo, como en un desfile militar! Usted, Petr Ivánovich, ubíquese a ese lado, y usted, Petr Ivánovich, al otro. (Ambos PETR IVÁNOVICH corren en puntas de pie.)

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Usted dirá lo que quiera, Amos Fédorovich, pero hay que hacer algo.

AMOS FÉDOROVICH: —¿Por ejemplo?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Bueno, ya se sabe a qué me refiero.

AMOS FÉDOROVICH: —¿Untarle la mano?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Bueno, sí, digamos que untarle.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Es peligroso, qué diablos!... Puede gritarnos; recuerden que es un alto funcionario. ¿No será preferible ofrecerle dinero como un aporte de la nobleza para algún monumento?

JEFE DE CORREOS: —O podríamos decirle: "Mire, aquí tiene dinero que ha llegado por correo, con destino desconocido".

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Tenga cuidado, no sea que él lo mande a usted con destino desconocido. Escúchenme: esas cosas no se hacen así en un país como es debido. ¿Para qué vamos a abordarlo todos juntos como un batallón? Tenemos que abordarlo uno por uno, y cuando sólo haya cuatro ojos presentes, ponerle en la mano. . . , bueno, ya me entienden. . . ¡Y tan a la chita callando que no se enteren los ojos! ¡Así se obra en la buena sociedad! Empiece usted, Amos Fédorovich.

AMOS FÉDOROVICH: —Más vale que empiece usted; fue en su hospital donde almorzó el distinguido visitante.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Mejor sería Luká Lúkich, en su carácter de orientador de la juventud.

LUKÁ LÚKICH: —¡No puedo, señores, no puedo! Confieso que me han educado en tal forma que, apenas me habla alguien de jerarquía superior, me quedo acobardado y mudo. ¡No, señor! ¡Excúsenme, por

favor, excúsenme!

ARTEMIO FILÍPOVICH : —Sí, Amos Fédorovich. Usted es insustituible. Su elocuencia es comparable a la del propio Cicerón.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Vamos, vamos! ¡Cicerón! ¡Mire con qué me sale! Si alguna vez uno se entusiasma hablando de asuntos domésticos o de un perdiguero...

TODOS (Acosándolo.): —No, usted .no sólo sabe hablar de los perros, sino hasta de la creación del mundo. . . ¡Vamos, Amos Fédorovich, no nos abandone, sea nuestro padre!. . . ¡Vamos, Amos Fédorovich!

AMOS FÉDOROVICH: —¡Déjenme en paz, señores!

(Pero en este momento se oyen pasos y una tosecita en la habitación de JLESTAKOV. Todos se precipitan, atropellándose, hacia la puerta de salida, se agolpan allí y tratan de salir, no sin que alguien se lleve un empujón. Se oye decir/a media voz:)

Voz DE BÓBCHINSKY: —¡Ay! ¡Petr, Ivánovich, Petr Ivánovich, me ha dado un pisotón!

Voz DE ZEMLIANIKA: —¡Suéltlenme señores..., me han dejado sin respiración!

(Se oyen varios ayes, finalmente todos salen empujándose y la habitación queda desierta.)

Escena II

JLESTAKOV. (Solo, sale con aire adormilado.)

JLESTAKOV: —Por lo visto, he dormido como Dios manda. ¿Dónde habrá reunido esa gente tantos colchones y frazadas? Hasta estoy transpirado. Al parecer, ayer me dieron algo de beber en el almuerzo y todavía me zumba la cabeza. Aquí, ya lo veo, se puede pasar el tiempo muy agradablemente. Me gusta la buena voluntad, y más que nada que me agasajen de todo corazón y no por interés. Y la hija del alcalde no está mal ni mucho menos, y hasta su mamá está todavía tan bien que se podría... Francamente, esta vida me gusta mucho.

Escena III

JLESTAKOV y el JUEZ.

EL JUEZ (Entra, se detiene y dice para sí:): —¡Dios mío! ¡Sácame de este trance! ¡Me tiemblan las rodillas! (En voz alta, cuadrándose y sujetándose la espada.) Tengo el honor de presentarme: el juez local, con grado de consejero, Liapkin-Tiapkin.

JLESTAKOV: —Tenga la bondad de sentarse. ¿De modo que usted es el juez de este pueblo?

EL JUEZ: —En 1816 fui elegido para un período de tres años por voluntad de la nobleza y desde entonces sigo desempeñando el

cargo.

JLESTAKOV: —¿Y resulta provechoso ser juez?

EL JUEZ: —Por mis tres primeros años de servicios, me propusieron para la Orden de Vladimiro de cuarta categoría, con mención especial de la jefatura. (Aparte.) Tengo el dinero en el puño y el puño me arde como si llevara fuego.

JLESTAKOV: —Pues a mí me gusta la Orden de Vladimiro. La Orden de Ana de tercera clase ya no me gusta tanto.

EL JUEZ (Adelantando un poco el puño cerrado, aparte.): —¡Dios mío! No sé dónde estoy sentado. Se diría que sobre unas brasas.

JLESTAKOV: —¿Qué tiene usted en la mano?

AMOS FÉDOROVICH (Perplejo y asustado, deja caer los billetes.): — Nada.

JLESTAKOV: —¿Cómo que nada? Veo que se le ha caído dinero.

AMOS FÉDOROVICH (Temblando de la cabeza a los pies.): —¡No, de ningún modo! (Aparte.) ¡Oh Dios mío! ¡Ya me veo preso ante los jueces!

JLESTAKOV (Levantando los billetes.): —Sí, es dinero.

AMOS FÉDOROVICH (Aparte.): —Bueno, todo ha terminado. .. ¡Soy hombre al agua..., al agua!

JLESTAKOV: —¿Sabe una cosa? Présteme este dinero.

AMOS FÉDOROVICH (Precipitadamente.): —¡Cómo no! ¡Cómo no! Con muchísimo gusto. (Aparte.) ¡Valor, valor! ¡Sácame del trance, Virgen Santa!

JLESTAKOV: —Le confieso que, durante el viaje, gasté más de lo que esperaba... Entre una cosa y otra... Por lo demás, se lo mandaré apenas llegue a mi aldea.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Por favor, ni se preocupe! Para mí es un gran honor... Naturalmente, yo, con mis débiles fuerzas, mi tesón y afán trato de servir lealmente a mis superiores... (Se levanta de la silla. Se cuadra.) No me atrevo a seguir molestándolo con mi presencia. ¿Tiene alguna orden que darme?

JLESTAKOV: —¿Qué orden?

AMOS FÉDOROVICH: —Quiero decir... ¿No desea darle alguna orden al juez local?

JLESTAKOV: —¿Para qué? En este momento, no tengo ninguna necesidad de hacerlo: no, ninguna. Muy agradecido.

AMOS FÉDOROVICH (Hace una reverencia y se va, diciendo aparte.): —¡Bueno, estamos salvados!

JLESTAKOV (Solo.): —¡El juez es un buen hombre!

Escena IV

JLESTAKOV y el JEFE DE CORREOS (que entra, se cuadra y se sujeta la espada.)

JEFE DE CORREOS: —Tengo el honor de presentarme: soy el jefe de

Correos local, consejero de quinta categoría, Schpekin.

JLESTAKOV: —¡Encantado de conocerlo! Me gustan mucho las compañías agradables. Siéntese. Usted vive siempre aquí. . ., ¿verdad?

JEFE DE CORREOS:—Sí, señor.

JLESTAKOV: —Me gusta esta localidad. Es cierto que no está muy poblada..., pero... ¿Y qué? Después de todo, esto no es la metrópoli. ¿Verdad que no?

JEFE DE CORREOS: —La pura verdad, señor.

JLESTAKOV: —Sólo en la metrópoli reina el buen tono, y no hay alcornoques de provincias. ¿No le parece?

JEFE DE CORREOS: —Así es. (Aparte.) Pues no tiene nada de altanero: pregunta acerca de todo.

JLESTAKOV: —Confiese que hasta en un pueblecito se puede vivir feliz.

JEFE DE CORREOS —Así es, señor.

JLESTAKOV: —En mi opinión..., ¿qué hace falta? Basta con que a uno lo respeten y lo quieran sinceramente..., ¿no es eso?

JEFE DE CORREOS: —Es la pura verdad.

JLESTAKOV: —Me alegro de que su opinión coincida con la mía, se lo confieso. Naturalmente, dirán que soy un hombre extraño, pero mi carácter es así. (Lo mira a los ojos y dice, para sí.) Le pediré un préstamo a este jefe de Correos. (En voz. alta.) Me ha pasado un caso insólito: de viaje, me quedé totalmente sin dinero. ¿No me podría prestar trescientos rublos?

JEFE DE CORREOS: —¡Cómo no! Lo consideraré una gran felicidad. Sírvase, hágame el favor. Estoy a sus órdenes de todo corazón.

JLESTAKOV: —Muchísimas gracias. Le confieso que no me gusta privarme de nada cuando estoy de viaje. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿No le parece?

JEFE DE CORREOS: —Así es, señor. (Se levanta, se cuadra y se sujeta la espada.) No me atrevo a seguir molestándolo con mi presencia. ¿Desea usted hacer alguna observación sobre el Correo?

JLESTAKOV: —No, ninguna.

(El JEFE DE CORREOS hace una reverencia y se va.)

JLESTAKOV (Solo, encendiendo un cigarrillo.): —Me parece que también el jefe de Correos es un hombre excelente: por lo menos, servicial. Me gusta esta clase de gente.

Escena V

JLESTAKOV y LUKÁ LÚKICH, a quien hacen salir a escena casi a empellones. Detrás de él se oyen, casi en voz alta, las palabras: "¿Por qué te acobardas?"

LUKÁ LÚKICH (Cuadrándose, no sin temblar y sujetándose la espada.): —Tengo el honor de presentarme: el supervisor de

escuelas y consejero de tercera categoría, Jlopov.

JLESTAKOV: —¡Ah, sírvase pasar! ¡Siéntese, siéntese! ¿Quiere un cigarrito? (Le da un cigarro.)

LUKÁ LÚKICH (Para sí, indeciso.): —¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba. ¿Lo tomo o no lo tomo?

JLESTAKOV: —Tómelo, tómelo: es un buen cigarro. Claro que no como los de San Petersburgo. Allí, hermano, yo los fumaba de a veinticinco rublos el centenar... Daban ganas de besarse las manos después de haberlos fumado. Sírvase fuego, enciéndalo. (Le acerca una vela.)

LUKÁ LÚKICH (Trata de encender y tiembla de pies a cabeza.)

JLESTAKOV: —¡Hay que encenderlo por el otro lado!

LUKÁ LÚKICH (Del susto, deja caer el cigarro, escupe y hace un gesto de desaliento, diciendo para sí.): —¡Que se vaya al diablo! ¡Me ha perdido mi maldita timidez!

JLESTAKOV: —Por lo que veo, usted no es aficionado a los cigarros. En cambio, le confieso que son mi debilidad. También me atrae el bello sexo: no puedo mostrarme indiferente con ellas a ningún precio. ¿Y usted? ¿Cuáles, le gustan más, las morenas o las rubias?

LUKÁ LÚKICH (Absolutamente desconcertado, no sabe qué decir.).

JLESTAKOV: —Vamos, contésteme con franqueza: ¿las morenas o las rubias?

LUKÁ LÚKICH : —No me atrevo a saberlo.

JLESTAKOV: —¡No, no, nada de evasivas! Quiero Saber sin falta cuáles son sus predilecciones.

LUKÁ LÚKICH: —Me permito informarle que... (Aparte.) Yo mismo no sé qué estoy diciendo.

JLESTAKOV: —¡Aja! ¡No me lo quiere decir! Seguramente, alguna morenita le habrá puesto ya una pica en Flandes. Confiéselo. . . ¿Es así?

(LUKÁ LÚKICH guarda silencio.)

JLESTAKOV: —¡Ah! ¡Se ha sonrojado! ¿No ve? ¿No ve? ¿Por qué no habla?

LUKÁ LÚKICH: —La timidez, Su Exc. . . Su Alt. . . (Aparte.) ¡Maldita lengua, me ha vendido!

JLESTAKOV: —¿La timidez? En mis ojos, lo reconozco, hay algo que provoca la timidez. Por lo menos, sé que ninguna mujer logra resistirlos..., ¿no le parece?

LUKÁ LÚKICH: —Sí, señor.

JLESTAKOV: —Me ha pasado un imprevisto; por el camino me quedé sin un solo centavo. ¿No podría prestarme trescientos rublos?

LUKÁ LÚKICH (Aferrándose precipitadamente el bolsillo.): —¡Ya lo creo! ¡Cómo no, cómo no! (Saca los billetes y se los entrega, temblando.)

JLESTAKOV: —Agradecidísimo.

LUKÁ LÚKICH (Cuadrándose y sujetando su espada.):—No me atrevo a seguir molestándolo con mí presencia.

JLESTAKOV: —Adiós.

LUKÁ LÚKICH (Sale casi corriendo y dice, aparte.): —¡Dios sea loado! Esperemos que no se le ocurra visitar la escuela!

Escena VI

JLESTAKOV y ARTEMIO FILÍPOVICH, que se cuadra, sujetándose la espada.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Tengo el honor de presentarme: el director del hospital local y consejero de tercera, Zemlianika.

JLESTAKOV: —Buenos días. Haga el favor de sentarse.

ARTEMIO FILÍPOVICH; —Tuve el honor de acompañarlo y de recibirlo en el hospital confiado a mis cuidados.

JLESTAKOV: —¡Ah! ¡Ya recuerdo! Me ofreció un excelente almuerzo.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Me alegro de hacer todo lo que pueda al servicio de la patria.

JLESTAKOV: —Yo (le confieso que es mi debilidad) adoro la buena cocina. Dígame, por favor. Me parece que ayer usted era un poco más bajo..., ¿verdad?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Es muy posible. (Después de una pausa.) Se puede decir que no ahorro esfuerzos para servir con celo a mi país. (Se acerca más con su silla y dice, en voz baja.) En cambio, el jefe de Correos del pueblo no hace absolutamente nada; todo está abandonado, el envío de las encomiendas demora semanas enteras... Usted mismo podría comprobarlo. También el juez, que acaba de precederme aquí, no hace más que cazar liebres, tiene perros en la antesala del juzgado, y su conducta, debo confesárselo (en bien de la patria me veo obligado a decirlo, aunque es mi pariente y amigo), es de las más vituperables. Aquí hay un estanciero llamado Dóbchinsky, a quien usted se sirvió ver; y apenas sale de su casa ese Dóbchinsky, el juez va a hacerle compañía a su mujer, eso yo podría jurarlo. .. Y mire a los hijos de Dóbchinsky; ni uno solo de ellos se parece a Dóbchinsky: todos, hasta la niña más pequeña, son idénticos al juez.

JLESTAKOV: —¡No me diga! Nunca se me hubiese ocurrido semejante cosa.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Y ahí tiene al supervisor de escuelas. . . No sé cómo pudo confiarle semejante cargo la jefatura; es peor que un jacobino, y le enseña unos principios tan corruptores a la juventud, que hasta cuesta concebirlo. ¿No preferiría usted que yo le expusiera todo eso por escrito?

JLESTAKOV: —Bueno, dígalo por escrito. Tendré mucho gusto. Cuando me aburro, me gusta leer algo divertido. ¿Cómo se llama usted? Se me olvida continuamente.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Zemlianika.

JLESTAKOV: —¡Ah, sí! Zemlianika. Y dígame, entre paréntesis... ¿Tiene hijos?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Cómo no! Cinco. Dos ya son grandes.

JLESTAKOV: —¡Qué me dice! ¿Y cómo es que se...?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¿Querría saber cómo se llaman?

JLESTAKOV: —Eso es, ¿cómo se llaman?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Nicolás, Iván, Isabel, María y Anastasia.

JLESTAKOV: —Eso me parece muy bien.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —No atreviéndome a molestar con mi presencia y a robarle el tiempo destinado al cumplimiento de sagrados deberes... (Hace una reverencia para irse.)

JLESTAKOV (Acompañándolo.): —No, no es nada. Me ha dicho usted cosas muy entretenidas. No deje de volver a visitarme. . . Eso me gusta mucho. (Vuelve y, después de haber abierto la puerta, grita en pos del visitante.) ¡Eh, oiga! ¿Cómo se llama usted? ¡Siempre se me olvida!

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Artemio Filípovich Zemlianika.

JLESTAKOV: —Hágame un favor, Artemio Filípovich. Me ha pasado un caso insólito: durante el viaje, me he quedado sin un centavo. ¿No podría prestarme... cuatrocientos rublos?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Cómo no!...

JLESTAKOV: —¡Qué oportuno! Muchísimas gracias.

Escena VII

JLESTAKOV, BÓBCHINSKY y DÓBCHINSKY.

BÓBCHINSKY: —Tengo el honor de presentarme: un vecino de este pueblo, Petr Ivánovich Bóbchinsky.

DÓBCHINSKY: —El hacendado Petr Ivánovich Dóbchinsky.

JLESTAKOV:—¡Ah! ¡Pero si yo ya los he visto! ¡Si mal no recuerdo, usted se cayó entonces! ¿Cómo sigue su nariz?

BÓBCHINSKY:—¡A Dios gracias, bien! No se preocupe. Está curada ya, completamente curada.

JLESTAKOV:—Me alegro. . . (De pronto, con voz cortante.) ¿No tendrían ustedes dinero?

DÓBCHINSKY: —¡Dinero! ¿Qué dinero?

JLESTAKOV: —Dinero para prestarme. Unos mil rublos.

BÓBCHINSKY: —Tanto no tengo, por Dios se lo juro. ¿Y usted, Petr Ivánovich?

DÓBCHINSKY: —Aquí no tengo dinero, mis fondos están invertidos en bonos del tesoro público.

JLESTAKOV: —Bueno. Si no tienen mil, denme cien.

BÓBCHINSKY (Hurgándose en el bolsillo.): —¿No tendría usted cien rublos, Petr Ivánovich? Yo sólo tengo cuarenta, en asignados.

DÓBCHINSKY (Consultando su billetera.): —Veinticinco rublos, en total.

BÓBCHINSKY: —¡Busque mejor, Petr. Ivánovich! Usted, lo sé, tiene un agujero en el bolsillo derecho. ¡Se le habrá caído el dinero allí!

DÓBCHINSKY: —No, no. En el agujero tampoco hay nada.

JLESTAKOV: —Bueno, es lo mismo. Después de todo, yo sólo lo decía por decir. Que sean sesenta y cinco rublos... Tanto da. (Toma el dinero.)

BÓBCHINSKY: —Me atrevo a formularle un pedido sobre un asunto muy delicado.

JLESTAKOV: —¿De qué se trata?

DÓBCHINSKY: —Sí, algo muy delicado: mi hijo mayor, verá usted, nació antes del matrimonio...

JLESTAKOV: —¿De veras?

DÓBCHINSKY: —Es decir, sólo es una manera de hablar, pero nació lo mismo que si fuera en el matrimonio, y todo eso lo completé luego con los vínculos conyugales que manda la ley. Pues bien. . . Quiero que ese niño sea mi hijo legítimo y se llame como yo, Dóbchinsky.

JLESTAKOV: —Bueno, que se llame así. No hay inconveniente.

DÓBCHINSKY: —Yo no lo molestaría a usted, pero es una lástima por su talento. El chiquillo es tan. . ., infunde muchas esperanzas: recita versos, y apenas cae en sus manos un cortaplumas, esculpe unos pequeños trineos que maravilla verlos. Petr Ivánovich se lo puede confirmar.

BÓBCHINSKY: —Sí, es una criatura de mucho talento.

JLESTAKOV: —¡Está bien, está bien! Ya me ocuparé del asunto, hablaré de eso..., Espero que se hará todo, sí, sí. . . (Volviéndose hacia BÓBCHINSKY.) ¿No tiene también algo que decirme?

BÓBCHINSKY: —¡Ya lo creo! Tengo un humildísimo pedido que hacerle.

JLESTAKOV: —¿Cuál?

BÓBCHINSKY: —Le ruego muy humildemente que, cuando llegue a San Petersburgo, les diga a todos los nobles, senadores y almirantes que, en tal y cual pueblo, vive Petr Ivánovich Bóbchinsky. Dígalo así no más: que aquí vive Petr Ivánovich Bóbchinsky.

JLESTAKOV: —Perfectamente.

BÓBCHINSKY: —Y si, por casualidad, visita al propio zar, dígale: "Majestad, en tal y cual pueblo vive Petr Ivánovich Bóbchinsky".

JLESTAKOV: —Perfectamente.

BÓBCHINSKY: —Disculpe que lo hayamos molestado con nuestra presencia.

DÓBCHINSKY: —Disculpe que lo hayamos molestado con nuestra presencia.

JLESTAKOV: —¡No es nada, no es nada! He tenido el mayor gusto. (Los acompaña hasta la puerta.)

Escena VIII

JLESTAKOV (solo).

JLESTAKOV: —Aquí hay muchos funcionarios. Pero me parece que me toman por un alto personaje. Seguramente, anoche les habré

contado unas cuantas fábulas. ¡Vaya unos imbéciles! Le escribiré sobre todo esto a Triapichkin, a San Petersburgo; como pergeña cosas para los diarios, podrá sacarle partido al asunto. ¡Eh, Osip! ¡Dame papel y tinta! (OSIP asoma la cabeza por la puerta y contesta: "Ya va".) Y si alguien cae en manos de Triapichkin, pobre de él: con tal de ubicar una palabra mordaz, no tiene piedad ni de su propio padre: y le gusta el dinero. Por lo demás, estos funcionarios son buena gente; el hecho de que me hayan hecho préstamos es un hermoso rasgo de su parte. Veamos cuánto dinero tengo. El juez me ha dado trescientos; el jefe de Correos, otros trescientos: son seiscientos. Seiscientos, setecientos, ochocientos... ¡Qué papel grasiento! Ochocientos, novecientos... ¡Caramba! Pasa los mil rublos... Bueno, capitán... Si nos encontramos ahora..., ¡ya verás el desquite que me voy a tomar!

Escena IX

JLESTAKOV y OSIP (con tinta y papel).

JLESTAKOV: —Bueno..., ¿ves ahora, estúpido, cómo me reciben y agasajan? (Comienza a escribir.)

OSIP: —¡Sí, a Dios gracias! Pero... ¿Sabe una cosa, Iván Aleksándrovich?

JLESTAKOV: —¿Qué?

OSIP: —¡Váyase de aquí! De veras... ¡Ya es hora!

JLESTAKOV (Escribiendo.): —¡Vaya una tontería! ¿Por qué?

OSIP: —Sí. ¡Déjeles, qué diablos! Se ha divertido usted aquí durante dos días. . . y basta. No se enrede más con ellos. Todo puede ser; quizá venga algún otro y. . . ¡De veras, Iván Aleksándrovich! Y los caballos son tan buenos aquí... ¡Volarían como flechas!

JLESTAKOV (Escribiendo.): —No, todavía tengo ganas de vivir acá. Que sea mañana.

OSIP: —¿Por qué ha de ser mañana? ¡Por Dios, Iván Aleksándrovich! ¡Vámonos! Aunque lo tratan aquí con grandes honores, lo mejor sería que nos marcháramos: ya se ve que lo confunden con alguien... ¡Por Dios, Iván Aleksándrovich! Además, su papá se enojará si demora tanto. ¡Y aquí nos darían unos caballos de primera! ¡Volarían como flechas!

JLESTAKOV {Escribiendo.): —Bueno, bueno. Pero lleva antes una carta al Correo. ¡Y cuida de que nos den buenos caballos! Diles a los postillones que les daré un rublo de propina para que canten por el camino, como cuando viaja un personaje... (Sigue escribiendo.) Supongo que Triapichkin se morirá de risa...

OSIP : —Más vale que yo mande la carta al Correo con un criado de la casa y empiece a empacar, para no perder tiempo.

JLESTAKOV: —Bueno, pero tráeme antes una vela.

OSIP (Sale y habla entre bastidores.): —¡Eh, escúchame, hermano!

Lleva esta carta al Correo y dile al jefe que la reciba sin franqueo, y encarga que le preparen a mi amo la mejor de las troikas que haya aquí: di que mi amo no paga derechos de postas por ser funcionario del Gobierno. Y que se apuren: de lo contrario, el amo se enojará.

Espera, la carta no está lista aún.

JLESTAKOV (Sigue escribiendo.): —Me gustaría saber dónde vive ahora Triapichkin..., si en la calle Pochtámskaia o en la Gorojovaia... ¡Es tan amigo de mudarse y no pagar el arriendo! Le escribiré a la Pochtámskaia..., quizás acierte. (Cierra el sobre y escribe la dirección.)

OSIP (Trae una vela. JLESTAKOV sella la carta. En ese momento, se oye la voz de DERJIMORDA, quien dice: "¿Adónde vas, barbudo? Te he dicho que tengo orden de no dejar pasar a nadie".).

JLESTAKOV (Le da la carta a OSIP.): —Toma, llévala.

VOCES DE LOS MERCADERES: —¡Déjanos entrar! No puedes impedirnos la entrada: hemos venido a hablar de un asunto importante.

Voz DE DERJIMORDA: —¡Afuera, afuera! No puede recibirlos, duerme. (El alboroto se acentúa.)

JLESTAKOV: —¿Qué pasa ahí, Osip? Ve a ver qué ruido es ése.

OSIP (Mirando por la ventana.): —Son unos mercaderes que quieren entrar, pero el vigilante no los deja. Agitan unos papeles: seguramente, quieren hablar con usted.

JLESTAKOV (Acercándose a la ventana): —¿Qué quieren, amigos?

VOCES DE LOS MERCADERES: —Venimos a ver a Su Excelencia. ¡Permítanos Su Excelencia que le presentemos una petición!

JLESTAKOV: —¡Déjenlos entrar! Que vengan, Osip, diles que los dejen entrar.

(OSIP sale.)

JLESTAKOV (Toma varias peticiones por la ventana, desdobra una de ellas y lee.): —"A Su Notable Excelencia el Señor Comandante de las Finanzas, del mercader Abdulin..." ¡Al diablo con éste! ¡Ni siquiera existe semejante jerarquía en toda la administración pública!

Escena X

JLESTAKOV y los MERCADERES (con una tinaja de vino y pilones de azúcar).

JLESTAKOV: —¿Qué quieren ustedes, amigos?

MERCADERES: —Nos inclinamos profundamente ante Su Excelencia.

JLESTAKOV: —¿Qué desean ?

MERCADERES: —¡No nos pierdas, señor! Estamos sufriendo vejámenes insoportables.

JLESTAKOV: —¿De quién?

UNO DE LOS MERCADERES: —¿De quién ha de ser? ¡Del alcalde! ¡Nunca se ha visto un alcalde como ése, Excelencia! Nos agravia

tanto que no podríamos ni describirlo. Lo agarra a uno de la barba, por ejemplo, y le dice: "¡Ah, salvaje! ¡Ya verás!" ¡Por Dios se lo juro! Cualquiera diría que uno no se ha portado bien con él y, sin embargo, nosotros cumplimos con lo que corresponde: le mandamos lo que necesita para hacerles vestidos a su mujer y a su hija..., no nos negamos a eso. Y, ya lo ve, todo le parece poco.. . Viene a nuestra tienda y se lleva todo lo que encuentra. Ve un corte de paño y dice: "Oye, buen hombre. Ese es un hermoso género. Tráemelo". Y uno se lo lleva y el corte mide no menos de cincuenta metros.

JLESTAKOV: —¿De veras? Pero... ¡qué bribón!

MERCADERES: —¡De veras! No hay memoria de un alcalde semejante. Cuando uno lo ve llegar, tiene que esconder todo lo que hay en la tienda. Y no sólo se lleva lo mejor, sino cualquier basura: hasta cuando un montón de ciruelas lleva siete años en un barril, y el propio criado de uno las rechaza, él se las lleva. Su cumpleaños cae en el día de San Antón y uno le lleva todo lo que necesita. Pues... ¿Sabe una cosa? ¡Eso no le basta! ¡Dice que el día de San Honorio también es su cumpleaños! ¡Y el día de San Honorio, uno tiene que llevarle regalos también!

JLESTAKOV: —Pero... ¡si ese hombre es, simplemente, un salteador de caminos!

MERCADERES: —¡Claro que sí! Y si uno trata de resistirse, le manda a todo un regimiento de soldados para que lo aloje. O le clausura el negocio. "Yo no te castigaré con una pena corporal, hijo mío", le dice a uno. "Ni te torturaré. Eso está prohibido. ¡Pero tendrás que apretarte el cinturón!"

JLESTAKOV: —¡Qué miserable! ¡Con eso, bastaría para mandarlo a Siberia!

MERCADERES: —Mándelo Su Excelencia a donde quiera..., con tal que esté lejos de aquí. No rechaces, padre, nuestro tributo: te traemos vino y un pilón de azúcar.

JLESTAKOV: —No, se equivocan; yo no acepto sobornos de ninguna clase. Pero si ustedes, por ejemplo, me ofrecieran un préstamo de trescientos rublos..., el asunto sería completamente distinto: si se tratara de un préstamo, yo podría aceptarlo.

MERCADERES: —¡Sí, por favor, padre nuestro! (Sacan dinero.) ¿Por qué trescientos? Más vale que tomes quinientos. ¡Pero ayúdanos!

JLESTAKOV: —Bueno; tratándose de un préstamo, no hay inconveniente. Lo acepto.

MERCADERES (Presentándole el dinero sobre una bandeja de plata.): —Y llévate también esta bandeja, por favor.

JLESTAKOV: —Bueno, me quedaré con la bandeja.

MERCADERES (Inclinándose ante él.): —Entonces, acepta también el azúcar.

JLESTAKOV: —¡Oh, no! No puedo aceptar sobornos de ninguna clase.

OSIP: —¡Excelencia! ¿Por qué no lo acepta? ¡Acéptelo! ¡Durante el viaje, todo le servirá! ¡Denme el azúcar y el vino! ¡Denme todo lo que tengan, todo servirá! ¿Qué hay ahí? ¿Una cuerda? Denme la cuerda...

También nos servirá en el viaje. Si se rompe el eje, habrá con que atarlo.

MERCADERES: —¡Entonces, háganos esa merced, Excelencia! Si no nos ayuda, ya no sabremos qué hacer. ¡Será como para ahorcarnos!

JLESTAKOV: —¡Estén tranquilos, estén tranquilos! Haré todo lo que pueda.

(Los MERCADERES se van. Se oye una voz de mujer que dice: "¡No, no te atreverás a impedirme la entrada! ¡Me quejaré de ti a Su Excelencia! ¡No me empujes así, bruto!")

JLESTAKOV: —¿Quién está ahí? (Se acerca a la ventana.) ¿Quién eres, mujer?

VOCES DE MUJERES: —¡Venimos a pedirte ayuda, padre nuestro! Ordena que nos dejen entrar, señor.

JLESTAKOV (Por la ventana.): —Déjenlas entrar.

Escena XI

JLESTAKOV, la MUJER DEL CARPINTERO y la VIUDA DEL SUBTENIENTE.

LA MUJER DEL CARPINTERO (Con una gran reverencia.):—Vengo a pedirte protección.

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —Vengo a pedirte protección...

JLESTAKOV: —¿Quiénes son ustedes?

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —Soy la viuda del subteniente Ivanov.

LA MUJER DEL CARPINTERO: —Soy la mujer del carpintero del pueblo, Fevronia Petrovna Poshiépkina, padre mío...

JLESTAKOV: —Un momento, hablen de a una. (A la MUJER DEL CARPINTERO.) ¿Qué quieres tú de mí?

LA MUJER DEL CARPINTERO: —¡Vengo a quejarme del alcalde, señor! ¡Que Dios le mande todos los males del mundo! ¡Que nunca sean felices ni él ni sus hijos ni sus tías ni sus tíos, el muy miserable!

JLESTAKOV: —¿Por qué? ¿Qué pasa?

LA MUJER DEL CARPINTERO: —Pues ordenó que a mi marido lo engancharan en el ejército, aunque no le tocaba el turno, el muy bribón. Y la ley no lo permitía: era casado.

JLESTAKOV: —¿Y cómo pudo hacerlo?

LA MUJER DEL CARPINTERO: —Pues lo hizo el muy pillete, lo hizo..., ¡que lo zurre bien Dios en este mundo y en el otro! ¡Si tiene tía, que le pasen todas las desgracias imaginables de su tía; y si su padre está vivo, que reviente o se atragante para siempre, maldito sea! Tenían que enganchar para el ejército al hijo del sastre, un borrachín, pero sus padres le mandaron un buen regalo al alcalde, y entonces el alcalde le echó el ojo al hijo de la tendera Panteleeva, y la Panteleeva le mandó a la mujer del alcalde tres piezas de paño y el alcalde me

vino a ver y me dijo: "¿Para qué quieres a tu marido? Ya no te sirve". Pues yo sé si me sirve o no me sirve. ¡Eso es cosa mía, maldito sea ese bribón! "Tu marido", me dijo, "es un ladrón: aunque no haya robado nada todavía, tanto da, robará más adelante; y el año próximo lo engancharán en el ejército de todos modos". ¿Y cómo quiere el muy infame que yo viva sin marido? ¡Yo soy un ser débil! ¡Ojalá reviente toda la parentela de ese canalla! Y si tiene suegra, que su suegra. . .

JLESTAKOV: —Bueno, bueno. ¿Y tú? (Empuja afuera a la vieja.)

LA MUJER DEL CARPINTERO (Saliendo.): —¡No me olvides, padre nuestro! ¡Sé misericordioso!

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —He venido a quejarme del alcalde, padre mío. . .

JLESTAKOV: —¿Por qué? Vamos, habla y sé breve.

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —¡Me azotó, padre mío!

JLESTAKOV: —¿Cómo es eso?

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —¡Por error, padre mío! Dos de nuestras campesinas riñeron en el mercado y la policía no llegó a tiempo, y cuando vino me agarró a mí y me dio una azotaina tal, que estuve dos días sin poder sentarme.

JLESTAKOV: —¿Y qué quieres que yo haga ahora?

LA VIUDA DEL SUBTENIENTE: —Claro está que no se puede hacer nada. Pero hazle pagar una multa por el error cometido. El dinero me vendría muy bien.

JLESTAKOV: —¡Bueno, bueno! ¡Vete, vete! Ya daré órdenes. (Por la ventana, asoman manos con peticiones.) Pero... ¿quién está ahí, todavía? (Acercándose a la ventana.) ¡No quiero, no quiero! ¡No, no! (Alejándose de la ventana.) ¡Ya estoy harto, qué diablos! ¡No los dejes entrar, Osip!

OSIP (Gritando por la ventana.): —¡Váyanse, váyanse! ¡Es mala hora, vengan mañana!

(Se abre la puerta y se asoma la figura de un individuo de capote, con barba de varios días, el labio hinchado y la mejilla vendada; detrás de él, se advierte a varias otras personas.)

OSIP: —¡Vete! ¡Vete! ¿Adónde vas? (Empuja al intruso apoyándole las manos sobre las rodillas y sale con él a la antesala, cerrando la puerta tras de sí.)

Escena XII

JLESTAKOV y MARÍA ANTÓNOVNA

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Ah!

JLESTAKOV: —¿Por qué se ha asustado, señora?

MARÍA ANTÓNOVNA: —No, no me he asustado.

JLESTAKOV (Donjuanesco.): —¡Caramba, señora!... Me encanta que me haya tomado por un hombre que... Me atrevería a preguntarle:

¿adónde se proponía ir?

MARÍA ANTÓNOVNA: —No iba a ninguna parte, se lo aseguro.

JLESTAKOV: —¿Y por qué no iba a ninguna parte?

MARÍA ANTÓNÚVNA: —Creí que quizás estuviera aquí mamá...

JLESTAKOV: —No, lo que quiero saber es por qué no iba a ninguna parte...

MARÍA ANTÓNOVNA: —Lo he molestado. Usted se ocupaba de asuntos importantes...

JLESTAKOV (Donjuanesco.): —Pues sus ojos son mejores que los asuntos importantes... Usted no podría molestarme, de ningún modo; por el contrario, hasta podría proporcionarme un placer.

MARÍA ANTÓNOVNA: —Usted habla como la gente de San Petersburgo.

JLESTAKOV: —Para una personita tan deliciosa... ¿Me atrevería a tener la dicha de ofrecerle una silla? Pero, no... ¡Lo que usted se merece no es una silla, es un trono!

MARÍA ANTÓNOVNA: —La verdad, no sé... Yo tenía que irme. (Se sienta.)

JLESTAKOV: —¡Qué hermoso pañuelo el suyo!

MARÍA ANTÓNOVNA: —Ustedes son unos burlones, lo que más les gusta es burlarse de nosotras las provincianas.

JLESTAKOV: —¡Cómo me gustaría ser su pañuelo, señora, para rodear su blanquísimo cuello!

MARÍA ANTÓNOVNA: —No entiendo de qué me habla... No sé qué pañuelo... ¡Qué tiempo extraño el de hoy!

JLESTAKOV: —Y sus labios, señora, son mejores que ningún tiempo.

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡Ustedes dicen siempre unas cosas...! Yo le pediría que me escribiera más bien unos versos en el álbum.

Seguramente sabrá muchos.

JLESTAKOV: —Para usted, señora, todo lo que quiera. Exija. ¿Qué versos desea?

MARÍA ANTÓNOVNA: —Lo mismo me da... Algunos que sean lindos, nuevos.

JLESTAKOV: —Y... ¡Conozco tantos!

MARÍA ANTÓNOVNA: —Vamos, dígame... ¿Cuáles me escribiría?

JLESTAKOV: —Tengo muchísimos. Podría escribirle éstos, por ejemplo: "Oh, tú, que en el infortunio te quejas sin razón de Dios"... Y he hecho otros más..., pero ahora no los recuerdo; por lo demás, eso no tiene importancia. Será mejor que yo le ofrezca mi amor, que con su mirada... (Acerca su silla a la de ella.)

MARÍA ANTÓNOVNA: —¡El amor! No comprendo el amor... Nunca supe qué es el amor... (Aparta su silla.)

JLESTAKOV: —¿Por qué aparta su silla? Será mejor que estemos sentados muy cerca el uno del otro.

MARÍA ANTÓNOVNA: —¿Para qué cerca? Lo mismo da que sea lejos.

JLESTAKOV: —¿Para qué lejos? Lo mismo da que sea cerca.

MARÍA ANTÓNOVNA: —Pero... ¿para qué todo esto?

JLESTAKOV (Arrimándose.): —A usted sólo le parece que estamos

cerca: y puede imaginarse que estamos lejos. ¡Qué feliz sería yo, señora, si pudiera oprimirla entre mis brazos!

MARÍA ANTÓNOVNA (Mirando por la ventana.): —¿Qué es eso que pasó volando? ¿Fue un gorrión u otro pájaro?

JLESTAKOV (La besa en el hombro y mira por la ventana.): —Fue un gorrión.

MARÍA ANTÓNOVNA (Levantándose indignada.): —¡Oh! ¡Esto ya es demasiado!... ¡Qué atrevimiento!...

JLESTAKOV (Reteniéndola.): —Perdóneme, señorita; lo hice movido por el amor, eso es, por el amor.

MARÍA ANTÓNOVNA: —Usted me cree tan provinciana... (Se esfuerza en irse.)

JLESTAKOV (Sigue reteniéndola.): —Por amor, de veras, por amor. Sólo lo hice por broma, María Antónovna. ¡No se enoje! Estoy pronto a pedirle perdón de rodillas. (Cae de rodillas.) ¡Perdón, perdón! Ya lo ve, estoy de rodillas.

Escena XIII

Dichos y ANA ANDREEVNA.

ANA ANDREEVNA (Al ver a JLESTAKOV de rodillas.): —¡Oh, qué situación!

JLESTAKOV (Levantándose.): —¡Demonios!

ANA ANDREEVNA (A su hija.): —¿Qué significa eso, señorita? ¿Qué conducta es ésa?

MARÍA ANTÓNOVNA: —Yo, mamita...

ANA ANDREEVNA: —¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí! ¿Me oyes? Y no te atrevas a presentarte ante mis ojos. (MARÍA ANTÓNOVNA se va, deshecha en lágrimas.) Perdóneme, pero, se lo confieso, estoy tan sorprendida. ..

JLESTAKOV (Aparte.): —Y ésta también es muy apetitosa, no está mal. (Dejándose caer de rodillas.) Señora... ¡Estoy ardiendo de amor! ¿Me comprende?

ANA ANDREEVNA: —¡Cómo! ¿Usted de rodillas? ¡Oh, levántese, levántese! Aquí el piso no está limpio ni mucho menos.

JLESTAKOV: —No, debo estar de rodillas, de rodillas, quiero saber si he de esperar la vida o la muerte.

ANA ANDREEVNA: —Pero, discúlpeme... Todavía no comprendo el sentido de sus palabras. Si no las interpreto mal, usted ha hecho una declaración con respecto a mi hija.

JLESTAKOV: —No, la amo a usted. Mi vida pende de un hilo. Si no premia mi fiel amor, no merezco vivir en este mundo. Con el corazón en llamas, pido su mano.

ANA ANDREEVNA: —Pero permítame que le diga que... en cierto modo. . . estoy casada.

JLESTAKOV: —¡Tanto me da! Para el amor, no hay fronteras; y

Karamzim ya dijo: "Las leyes nos condenan". Nos iremos a un país lejano... Pido su mano, pido su mano.

Escena XIV

Dichos y MARÍA ANTÓNOVNA (entra corriendo repentinamente).

MARÍA ANTÓNOVNA: —Mamita, papito dijo que tú... (Al ver de hinojos a JLESTAKOV, exclama.): ¡Ah, qué situación!

ANA ANDREEVNA: —Bueno... ¿Qué hay? ¿A qué viene eso? ¡Qué ligera de cascos! ¡Entras corriendo como una gata escaldada!

Bueno... ¿Qué hay de sorprendente en esto? ¿Qué se te ha ocurrido? Pareces una niña de tres años. Nadie diría que tienes dieciocho. No sé cuándo serás más razonable y te portarás como una muchacha bien educada; cuándo sabrás qué significan las buenas normas y la seriedad en la conducta.

MARÍA ANTÓNOVNA (Entre lágrimas.): —Yo, mamita, francamente, no sabía...

ANA ANDREEVNA: —Se diría que siempre se te pasea una corriente de aire por la cabeza; sigues el ejemplo de las hijas de Liapkin-Tiapkin. ¿Quién te manda mirarlas? ¡No tienes por qué hacerlo! Más vale que sigas otros ejemplos: ahí tienes a tu madre. He ahí los modelos que debes imitar.

JLESTAKOV (Asiendo la mano de la hija.): —¡Ana Andreevna! ¡No se oponga a nuestra felicidad! ¡Bendiga nuestro eterno amor!

ANA ANDREEVNA (Asombrada.): —¿De modo que usted la ama a ella?...

JLESTAKOV: —Decida: ¿la vida o la muerte?

ANA ANDREEVNA: —Bueno, ya lo ves, tonta, ya lo ves; por ti, por una basura como tú, el huésped se sirvió arrodillarse; y tú entras corriendo como una loca. Merecerías que yo le dijera, que no; no eres digna de semejante felicidad.

MARÍA ANTÓNOVNA: —No lo volveré a hacer, mamita; palabra, no lo volveré a hacer.

Escena XV

Dichos y el ALCALDE (que entra, sin aliento).

ALCALDE: —¡Excelencia! ¡No me pierda! ¡No me pierda!

JLESTAKOV: —¿Qué le pasa?

ALCALDE: —Los mercaderes se han quejado a Su Excelencia. Le juro por mi honor que no es cierto ni la mitad de lo que le han dicho. Son ellos quienes estafan y roban en el peso a la gente. La subteniente le mintió a Su Excelencia que yo la azoté: miente, por Dios se lo juro, miente. Se azotó ella misma.

JLESTAKOV: —¡Que el diablo se la lleve! ¡Ahora no estoy como para pensar en ella!

ALCALDE: —¡No le crea, no le crea! ¡Son tan embusteros! Ni un niño podría creerles. Ya tienen fama de embusteros en todo el pueblo. Y en cuanto a eso de que soy un bribón, permítame decirle esto: ellos son unos bribones como no se han visto nunca.

ANA ANDREEVNA: —¿Sabes el honor con que nos distingue Iván Aleksándrovich? Pide la mano de nuestra hija.

ALCALDE: —¡Vamos! ¡Vamos! ¡Has perdido la chaveta, vieja! No se enoje, Excelencia: nunca tuvo los sesos en su sitio, como su madre.

JLESTAKOV: —Pero si es cierto, pido la mano de su hija. Estoy enamorado.

ALCALDE: —¡No puedo creerlo, Excelencia!

ANA ANDREEVNA: —Pero... ¡si te lo dicen!

JLESTAKOV: —No es broma. El amor me puede enloquecer.

ALCALDE: —No me atrevo a creerlo, no merezco tanto honor.

JLESTAKOV: —Si no me concede la mano de María Antónovna, estoy dispuesto a... a cometer cualquier disparate...

ALCALDE: —No puedo creerlo, Excelencia. ¡Su Excelencia bromea!

ANA ANDREEVNA: —¡Oh, qué estúpido! Pero... ¡si te dicen que es así!

ALCALDE: —No lo puedo creer.

JLESTAKOV: —¡Concédamela, concédamela! Estoy desesperado, soy capaz de todo: cuando me pegue un tiro, a usted lo condenarán por eso.

ALCALDE: —¡Ay, Dios mío! ¡Juro que soy inocente en cuerpo y alma! ¡No se enoje, por favor! ¡Sírvase obrar como guste, Excelencia! Francamente, en este momento, estoy mareado..., no sé qué me pasa. Estoy más tonto que nunca.

ANA ANDREEVNA: —¡Vamos, dales tu bendición!

(JLESTAKOV se acerca, con MARÍA ANTÓNNOVNA.)

ALCALDE: —¡Dios los bendiga! ¡Pero yo no tengo la culpa!

(JLESTAKOV se besa con MARÍA ANTÓNNOVNA. El ALCALDE los mira.)

¡Qué diablos! Pero... ¡es cierto! (Se frota los ojos.) ¡Se besan! ¡Santo Dios, se besan! ¡Es un novio, un novio de verdad! (Lanza un grito y da una cabriola de alegría.) ¡Hola, Antón! ¡Antón! ¡Alcalde! ¡Mira a lo que hemos llegado!

Escena XVI

Dichos y OSIP.

OSIP: —Los caballos están listos.

JLESTAKOV: —¡Ah! Bueno... Ya voy.

ALCALDE: —¡Cómo! ¿Se va?

JLESTAKOV: —Sí, me voy.

ALCALDE: —Pero, entonces... Es decir... Creo que usted mismo tuvo a bien aludir a un casamiento..., ¿no es así?

JLESTAKOV: —¡Oh! Me voy por un minuto, nada más..., a pasar un solo día con un tío..., un viejo rico; y mañana mismo estoy de regreso.

ALCALDE: —No nos atrevemos a retenerlos, confiando en un feliz retorno.

JLESTAKOV: —¡Oh, claro, claro! Volveré en un abrir y cerrar de ojos. Adiós, amor mío... ¡No, realmente no logro expresar todos mis sentimientos! ¡Adiós, tesoro! (Le besa la mano a MARÍA ANTÓNOVNA.)

ALCALDE: — ¿No necesita Su Excelencia algo para el viaje? Me parece que necesitaba dinero. ..., ¿no es eso?

JLESTAKOV: —¡Oh, no! ¿Para qué? (Lo piensa un poco.) Por lo demás, no hay inconveniente.

ALCALDE: — ¿Cuánto desea Su Excelencia?

JLESTAKOV: —En aquella oportunidad usted me dio doscientos rublos (es decir cuatrocientos y no doscientos, no quiero aprovechar su error), de modo que, deme ahora otro tanto, y serán ochocientos justitos.

ALCALDE: — ¡Inmediatamente! (Saca de su cartera.) Y, como a propósito, con los papelitos más nuevos.

JLESTAKOV: — ¡Ah, sí! (Toma el dinero e inspecciona los billetes.) Eso está bien. ¡Dicen que el dinero nuevo da dicha nueva!

ALCALDE: —Exacto, Excelencia.

JLESTAKOV: — ¡Adiós, Antón Antónovich! Muy agradecido por su hospitalidad. Lo confieso de todo corazón: en ninguna parte me hicieron tan buena recepción. ¡Adiós, Ana Andreevna! ¡Adiós, querida María Antónovna! (Salen.)

TRAS DE LA ESCENA

Voz DE JLESTAKOV: — ¡Adiós, ángel mío, María Antónovna!

Voz DEL ALCALDE: —Su Excelencia viajará un poco incómodo en este coche sin elásticos. ¿No querría una alfombrita en el suelo, por lo menos?

Voz DE JLESTAKOV: —No... ¿Para qué? Por lo demás... Bueno, que pongan la alfombrita.

Voz DEL ALCALDE: —¡Eh, Avdotia! Ve a la alacena y trae la mejor alfombra... ¡La celeste, la persa!

Voz DEL POSTILLÓN: —Brr...

Voz DEL ALCALDE: — ¿Cuándo podemos esperar de regreso a Su Excelencia?

Voz DE JLESTAKOV: —Mañana o pasado.

Voz DE OSIP: —¡Ah! ¿Esa es la alfombra? ¡Dámela, ponla aquí! Ahora, agrega heno del otro lado.

Voz DEL POSTILLÓN: —Brr...

Voz DE OSIP: —¡De ese lado! ¡Aquí! ¡Más! ¡Está bien! ¡Ahora viajará cómodo! (Golpea la alfombra.) ¡Siéntese ahora, Excelencia!

Voz DE JLESTAKOV: —¡Adiós, Antón Antónovich!

Voz DEL ALCALDE: —¡Adiós, Excelencia!

VOCES DE MUJERES: —¡Adiós, Iván Aleksándrovich!

Voz DE JLESTAKOV: —¡Adiós, mamita!

Voz DEL POSTILLÓN: —¡En marcha, caballitos míos!
¡Sus! ¡Sus! (Suenan unos cascabeles; baja el telón.)

ACTO QUINTO

(La misma habitación)

Escena Primera

EI ALCALDE, ANA ANDREEVNA y MARÍA ANTÓNOVNA.

ALCALDE: — ¿Qué te parece, Ana Andreevna? ¿Soñaste alguna vez con esto? ¡Diablos, qué presa magnífica! Vamos, confiésalo sinceramente. ¡Ni siquiera lo soñabas! Y, de la noche a la mañana..., ¡Zas! ¡Con qué personaje vas a emparentarte!

ANA ANDREEVNA: —Nada de eso: yo lo sabía desde hace tiempo. Eso te parecerá raro a ti porque eres un rústico, un hombre que nunca ha visto a gente como es debido.

ALCALDE: —Yo también soy un hombre como es debido, vieja. Pero, si bien se piensa, Ana Andreevna., ¡qué pajarracos de alto vuelo somos ahora! ¿Verdad? ¡Ahora sí que les bajaré los humos a todos esos amigos de presentar quejas! ¡Eh! ¿Quién está ahí? (Entra un VIGILANTE.) ¡Ah! ¿Eres tú, Iván Karpovich? Llámame aquí a los mercaderes, hermano. ¡Ya verán esos bribones cómo los voy a tratar! ¡Con quejas contra mí! ¡Malditos traidores! ¡Ya verán! Hasta ahora los he tratado con severidad solamente: ahora lo haré con mano de hierro. Anótame a todos los que vinieron a quejarse de mí, y más que nada a esos escribas que les pergeñaron las quejas. Y diles, para que lo sepan: que ahora Dios le ha mandado un gran honor al alcalde, que casa a su hija..., ¡y no con un hombre cualquiera, sino con uno de esos que se ven pocas veces, que es capaz de hacerlo todo, todo, todo! Anúnciaselo a todos, que lo sepan. ¡Gritaselo a todo el pueblo, echa las campanas a vuelo, qué diablos! El triunfo es el triunfo. (El VIGILANTE se va.) ¡Pues ya ves cómo están las cosas. Ana Andreevna! ¿Cómo viviremos ahora y dónde? ¿Aquí o en San Petersburgo?

ANA ANDREEVNA: —En San Petersburgo, naturalmente. ¡Cómo vamos a quedarnos aquí!

ALCALDE: —Si quieres San Petersburgo, que sea San Petersburgo: y tampoco lo pasaríamos mal aquí. Supongo que, entonces, tendríamos que mandar al diablo mi cargo de alcalde..., ¿eh, Ana Andreevna?

ANA ANDREEVNA: —Naturalmente... ¿Quién piensa ya en eso?

ALCALDE: —Porque, ahora..., ¿verdad. Ana Andreevna?, uno puede pretender una gran jerarquía. ¿No te parece? Porque él es carne y uña con todos los ministros y va a palacio, y con su influencia yo podría con el tiempo llegar a general. ¿Qué te parece, Ana Andreevna? ¿Podría yo llegar a general?

ANA ANDREEVNA: —¡Claro que sí! Naturalmente.

ALCALDE: — ¡Ah, qué diablos! ¡Es tan bueno eso de ser general! Le cuelgan a uno esas charreteras al hombro. ¿Qué charreteras prefieres, Ana Andreevna? ¿Las rojas o las azules?

ANA ANDREEVNA: — Claro que las azules son mejores.

ALCALDE: — ¡Mira qué pretensión! Ya te podrías conformar con las rojas. ¿Por qué quiere uno ser general? Porque cuando llega a alguna parte, lo preceden los asistentes y edecanes y gritan: "¡Caballos!" Y en la posta no le dan caballos a nadie, todos tienen que esperar, todos esos consejeros de segunda, todos esos capitanes y alcaldes. ¡Y uno está antes que nadie! Uno almuerza en casa del gobernador, y ahí... el alcalde lo saluda humildemente! ¡Ja, ja, ja! (Ríe a más no poder, se sofoca de risa.) ¡Eso sí que es atrayente, qué diablos!

ANA ANDREEVNA: — A ti siempre te gusta lo grueso. No olvides que tendremos que cambiar totalmente de vida, que tus amistades serán otras, nada de ir a cazar con jueces aficionados a los perros ni de Zemlianikas; por el contrario, tus amistades serán gente de modales finos; condes y hombres de mundo... Pero, a decir verdad, temo por ti; se te suele escapar cada palabrota de las que nunca se oyen en la buena sociedad.

ALCALDE: — ¿Y qué? Una palabra nunca daña.

ANA ANDREEVNA: — Eso está bien cuando uno es alcalde, pero ahí la vida es totalmente distinta.

ALCALDE: — Sí: dicen que ahí sirven un pescado tan sabroso que uno se babea de placer cuando lo come.

ANA ANDREEVNA: — ¡A ti te bastaría con el pescado! Yo sólo me conformaré si mi casa es la mejor de la metrópoli, y quiero que haya allí un perfume tal que no se pueda entrar y que uno se vea obligado a entornar los ojos así. (Entorna los ojos y husmea.) ¡Ah, qué bien!

Escena II

Dichos y los MERCADERES.

ALCALDE: — ¡Ah! ¡Salud, amiguitos!

MERCADERES (Con una reverencia.): — ¡Le deseamos mucha salud, señor alcalde!

ALCALDE: — Y bien, queridos... ¿Qué tal? ¿Cómo van los negocios? De modo que vinieron a quejarse..., ¿Verdad? ¡Bribones, canallas, estafadores!... Conque a quejarse..., ¿eh? ¡Creyeron que me mandarían a la cárcel! ¿Saben ustedes, engendros del diablo, que...?

ANA ANDREEVNA: — ¡Ay, Dios mío! ¡Qué palabrotas dices, Antosha!

ALCALDE (Fastidiado.): — ¡OH, ahora no estoy para pensar en palabras! ¿Saben ustedes que el funcionario a quien se quejaron se casa con mi hija? ¿Eh? ¿Y...? ¿Qué me dicen ahora? ¡Ya verán! ¡Ya verán cómo los trataré! Ustedes engañan a la gente... Le venden cien mil rublos de paño podrido al Estado..., ¡y luego donan veinte metros y todavía esperan un premio por eso! Si supieran la verdad, los

mandarían a... ¡Y hay que ver las ínfulas que se dan! ¡Se diría que son intocables! "Nosotros", dicen, "no somos menos que los propios nobles". Y olvidan los muy patanes que el noble estudia ciencias: si lo azotan en la escuela es por algo, para que aprenda lo útil. ¿Y tú, mercader, a qué tantas pretensiones? Empiezas a aprender picardías desde niño: el patrón te vapulea porque no sabes engañar a los clientes. Eres una criatura aún, ignoras el padrenuestro y ya le robas a la gente en la medida. Y apenas echas barriga y te llenas el bolsillo... ¡Vaya una importancia la que te das! ¡Dónde se ha visto! ¡Y todo porque vendes con trampa dieciséis samovares diarios! ¡Me río de ti y de tu importancia!

Los MERCADERES (Con una reverencia.): — ¡Nos reconocemos culpables, Antón Antónovich!

ALCALDE: — Conque con quejas..., ¿eh? (A uno de ellos.) Y a ti..., ¿quién te ayudó a hacer aquella bribonada, cuando construiste el puente y anotaste que habías proveído veinte mil rublos de madera, y apenas eran cien? ¡Fui yo quien te ayudó, barba de chivo! ¿Ya lo has olvidado? Si te hubiera señalado, te habrían podido enviar a Siberia. ¿Qué me dices? ¿Eh?

UNO DE LOS MERCADERES: — ¡Por Dios que somos culpables, Antón Antónovich! El Malo nos enredó. No nos volveremos a quejar. ¡Pídenos lo que quieras, pero no te enojés!

ALCALDE: — ¡No te enojés! Ahora, ustedes se arrastran a mis pies. ¿Por qué? Sólo porque triunfé; y si ustedes, canallas, hubiesen triunfado, en parte no más, me habrían hundido en el barro y hasta me habrían tirado un leño encima.

Los MERCADERES (Con una profunda reverencia.): — ¡No nos pierdas, Antón Antónovich!

ALCALDE: — "¡No nos pierdas!" Ahora, "no nos pierdas". .. Y antes... ¿Qué? ¡Yo les daría...! (Hace un gesto.) ¡Bueno, que Dios los perdone! ¡Se acabó! No soy rencoroso. ¡Pero ahora, cuidado, mucho ojo conmigo! No caso a mi hija con un noble cualquiera... La felicitación debe ser..., ¿entienden?... ¡Nada de salir del paso con algún esturión o un pilón de azúcar! ¡Bueno, vayan con Dios!

(Los MERCADERES se van.)

Escena III

Dichos, AMOS FÉDOROVICH, ARTEMIO FILÍPOVICH, luego RASTAKOVSKY.

AMOS FÉDOROVICH (Desde el umbral.): — ¿Debo creer en los rumores, Antón Antónovich? ¿Es cierto que usted ha tenido una extraordinaria fortuna?

ARTEMIO FILÍPOVICH: — Tengo el honor de felicitarlo por su extraordinaria suerte. Me alegré mucho al "enterarme. (Se acerca a

ANA ANDREEVNA y le besa la mano.) ¡Ana Andreevna! (Se acerca a MARÍA ANTÓNNOVNA y le besa la mano.) ¡María Antónnovna! RASTAKOVSKY (Entrando.): —Lo felicito, Antón Antónovich. ¡Que Dios le conceda larga vida a usted y a la joven pareja y le dé una numerosa descendencia de nietos y biznietos! ¡Ana Andreevna! (Se acerca y le besa la mano a ésta.) ¡María Antónnovna! (Le besa la mano a MARÍA ANTÓNNOVNA.)

Escena IV

Dichos, KOROBKIN con su esposa; LIÚLIOKOV.

KOROBKIN: — ¡Tengo el honor de felicitarlo, Antón Antónovich! ¡Ana Andreevna! (Le besa la mano.) ¡María Antónnovna! (Le besa la mano.)

LA ESPOSA DE KOROBKIN: —La felicito de corazón, Ana Andreevna, por esta nueva felicidad.

LIÚLIOKOV: — ¡Tengo el honor de felicitarla, Ana Andreevna! (Le besa la mano y luego, volviéndose hacia los espectadores, hace chasquear la lengua con aire fanfarrón.) ¡María Antónnovna! Tengo el honor de felicitarla. (Le besa la mano y vuelve a mirar a los espectadores con el mismo aire fanfarrón.)

Escena V

(Muchos visitantes de jaquet y frac se acercan primero a besarle la mano a ANA ANDREEVNA, diciendo: "¡Ana Andreevna!", luego a MARÍA ANTÓNNOVNA, diciendo: "¡María Antónnovna!". BÓBCHINSKY y DÓBCHINSKY se abren paso a codazos.)

BÓBCHINSKY: — ¡Tengo el honor de felicitarlo

DÓBCHINSKY: — Antón Antónovich, tengo el honor de felicitarlo

BÓBCHINSKY: — ¡Por el feliz acontecimiento

DÓBCHINSKY: — ¡Ana Andreevna!

BÓBCHINSKY: — ¡Ana Andreevna! (Ambos se acercan a un tiempo a la alcaldesa y sus frentes chocan.)

DÓBCHINSKY: — ¡María Antónnovna! (Le besa la mano.) Tengo el honor de felicitarla. Usted será muy, muy feliz, se paseará en un vestido de oro y comerá toda clase de sopas refinadas. Pasará muy bien el tiempo.

BÓBCHINSKY (Interrumpiéndolo.): — ¡María Antónnovna, tengo el honor de felicitarla! ¡Que Dios le dé toda clase de riquezas, rublos de oro y un hijito pequeño (muestra la talla), tan pequeño que uno pueda sentarlo en la palma de la mano! Y que grite ¡Gua, gua, gua!

Escena VI

(Varios visitantes más, que se acercan a ANA ANDREEVNA y a MARÍA ANTÓNOVNA para besarles la mano. LUKÁ LÚKICH, con su mujer.)

LUKÁ LÚKICH: —Tengo el honor...

Su ESPOSA (Se adelanta corriendo.): — ¡La felicito, Ana Andreevna! (Se besan.) ¡Qué alegría me causó el saberlo! Me dijeron: "¡Ana Andreevna casa a su hija!" "¡Ah, Dios mío!", pensé. Y me alegré tanto, que le dije a mi marido: "Oye, querido. ¡Mira qué felicidad le ha deparado el destino a Ana Andreevna!" Y pensé: "Bueno ¡A Dios gracias!" Y le dije:

"Estoy tan encantada, que me consume la impaciencia de decírselo personalmente a Ana Andreevna". "¡Ah, Dios mío!", pensé, "Ana Andreevna esperaba precisamente un buen partido para su hija y ya ven qué destino: las cosas se presentaron precisamente como lo quería". Y me sentí tan contenta, se lo juro, que no pude hablar. Lloré, lloré tanto que aquello ya era sollozar. Y Luká Lúkich me dijo: "¿Por qué lloras así, Nástenga?" "Yo misma no lo sé, querido", le dije. "Las lágrimas me brotan de los ojos como un río."

ALCALDE: — ¡Les ruego que se sirvan sentarse, señores! ¡Eh, Mishka! ¡Trae más sillas!

(Los visitantes se sientan.)

Escena VII

Dichos, el JEFE DE POLICÍA y los VIGILANTES.

JEFE DE POLICÍA: —Tengo el honor de felicitar a Su Excelencia y de desearle que sea dichoso durante muchísimos años.

ALCALDE: — ¡Gracias, gracias! ¡Sírvanse sentarse, señores!

(Los visitantes se sientan)

AMOS FÉDOROVICH: —Cuéntenos por favor, Antón Antónovich, cómo empezó todo eso..., ¿Comprende?... Cómo se desarrolló el asunto.

ALCALDE: —Pues fue algo nunca visto: Su Excelencia se sirvió hacer el pedido de mano personalmente.

ANA ANDREEVNA: —Con mucho respeto y en la forma más fina imaginable. Todo lo expresó muy bien. Dijo: "Yo, Ana Andreevna, lo hago sólo por respeto a los méritos de usted". ¡Y qué hombre magnífico, culto, educado, de hermosos principios morales! "Para mí, créame, Ana Andreevna, para mí la vida no tiene importancia: sólo lo hago por respeto a sus raras virtudes."

MARÍA ANTONOVNA.:—¡Oh, mamita! Eso me lo dijo a mí.

ANA ANDREEVNA: — ¡Cállate! ¡Tú no sabes nada y te metes en lo que no te importa! "Yo, Ana Andreevna, estoy asombrado." Habló de

una manera tan lisonjera. .. Y cuando le quise decir: "No nos atrevemos de ningún modo a esperar semejante honor", se dejó caer de rodillas repentinamente y dijo, en la forma más caballeresca imaginable: "¡Ana Andreevna! ¡No me haga desdichado! Corresponda a mis sentimientos, porque de lo contrario pondré fin a mi vida".

MARÍA ANTONOVNA: —Te aseguro, mamita, que eso lo dijo por mí.

ANA ANDREEVNA: —Sí, claro..., también dijo algo por ti, no lo niego.

ALCALDE: —¡Y hay que ver cómo nos asustó! Amenazó con pegarse un tiro. "Me pegaré un tiro, me pegaré un tiro", dijo.

MUCHOS VISITANTES: — ¡No me diga!

AMOS FÉDOROVICH: — ¡Es increíble!

LUKÁ LÚKICH: —Por lo visto, era el destino.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —No es el destino, amigo mío: fueron los servicios prestados. (Aparte.) ¡Estos cerdos siempre tienen suerte!

AMOS FÉDOROVICH: —Estoy dispuesto a venderle aquel perro perdiguero que le interesaba, Antón Antónovich.

ALCALDE: —No... Ahora no estoy para perdigueros.

AMOS FÉDOROVICH: —Como guste, Antón Antónovich.

Ya nos entenderemos en otro perro.

LA ESPOSA DE KOROBKIN: —¡Oh, cómo me alegro de su felicidad, Ana Andreevna! ¡No se lo imagina! KOROBKIN: —¿Dónde está ahora, permítame que se lo pregunte, el distinguido huésped? He oído decir que se fue.

ALCALDE: —Sí, por un día, para atender a un asunto muy importante.

ANA ANDREEVNA: —A ver a su tío, para pedirle la bendición.

ALCALDE: —Para pedirle la bendición, pero mañana mismo...

(Estornuda, se oyen felicitaciones en medio del alboroto general.)

Muy agradecido... Pero mañana mismo volverá. (Estornudo; alboroto de felicitaciones; se destacan varias voces.)

JEFE DE POLICÍA: — ¡Le deseamos mucha salud, Excelencia!

BÓBCHINSKY: — ¡Cien años de vida y una pirámide de rublos de oro!

DÓBCHINSKY: — ¡Y qué Dios le dé mucho más todavía!

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡Ojala revientes!

LA ESPOSA DE KOROBKIN: — ¡Que te lleve el diablo!

ALCALDE: — ¡Agradecidísimo! ¡Les deseo otro tanto!

ANA ANDREEVNA: —Ahora pensamos vivir en San Petersburgo. Aquí, lo confieso, se respira un aire... ¡muy de aldea!... Muy desagradable, lo confieso... Además, a mi marido... lo harán allí general.

ALCALDE: —Sí, señores, lo confieso. Tengo muchas ganas de ser general.

LUKÁ LÚKICH: —¡Ojala lo consiga, con la ayuda de Dios!

RASTAKOVSKY: —No todo puede esperarse del hombre, pero sí de Dios.

AMOS FÉDOROVICH: —A barco grande... una travesía grande.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —A tales servicios, tal honor.

AMOS FÉDOROVICH (Aparte.): — ¡Me lo imagino si le dan realmente el grado de general! "¡He ahí un hombre al cual el título le sentaría

como una silla de montar a una vaca! Bueno, para eso falta mucho todavía. Aquí hay hombres más decentes que tú y aún no son generales.

ARTEMIO FILÍPOVICH (Aparte.): — ¡Eh, qué diablos! ¡Este ya quiere ser general! Y, quién sabe... ¡A lo mejor! Lo que es ínfulas no le faltan. (Al ALCALDE.) ¡Cuando sea general no nos olvide, Antón Antónovitch!

AMOS FÉDOROVICH: — ¡Y si necesitamos alguna recomendación para un trámite, no nos abandone!

KOROBKIN: —El año próximo llevaré a mi hijo a la metrópoli para ponerlo al servicio del Estado. Por favor hágale entonces el papel de padre.

ALCALDE: —Por mi parte estoy pronto, pronto a hacer todo lo que pueda.

ANA ANDREEVNA: —Tú, Antosha, siempre estás dispuesto a prometer. En primer lugar, no tendrás tiempo de pensar en eso. ¿Y cómo es posible comprometerse con semejantes promesas? Y, además..., ¿para qué?

ALCALDE: — ¿Por qué no, querida? A veces, se puede.

ANA ANDREEVNA: —Se puede, naturalmente, pero no te propondrás proteger a cualquier insignificancia.

LA ESPOSA DE KOROBKIN: —¿Han oído cómo nos trata?

Los VISITANTES: —Siempre fue así, la conozco: si la sientan a la mesa, pone los pies sobre...

Escena VIII

Dichos y el JEFE DE CORREOS, (sin aliento, con una carta abierta en la mano).

JEFE DE CORREOS: — ¡Un caso sorprendente señores! El funcionario a quien tomamos por inspector, no era tal inspector.

TODOS: — ¿Cómo, que no era tal inspector?

JEFE DE CORREOS: — ¡Ni sombra de inspector!... Lo he sabido por esta carta.

ALCALDE: — ¿Qué? ¿Qué dice? ¿Por qué carta?

JEFE DE CORREOS: —Por una carta de él mismo. Me la traen al Correo, miro la dirección y veo: "Calle Pochtámtskaia". Me quedé petrificado de susto. "Bueno", pensé. "Debe haber descubierto algo indebido en el Correo y les avisa a sus jefes." De modo que abrí la carta.

ALCALDE: — ¿Cómo pudo hacer eso?

JEFE DE CORREOS: —Yo mismo no lo sé: me empujó una fuerza sobrenatural. Ya había llamado al postillón para mandarla con la estafeta, pero sentí una curiosidad tan grande que no pude resistirme. En un oído, alguien parecía decirme: "¡Eh, no la abras, te perderás sin remedio!" Y en el otro, un demonio me murmuraba:

"¡Ábrela, ábrela, ábrela!" Y cuando apreté el lacre. .. Sentí fuego en las venas..., y al abrir la carta... me recorrió todo el cuerpo un escalofrío, lo juro, un escalofrío. Me temblaban las manos y todo lo veía turbio.

ALCALDE: —Pero... ¿Cómo se atrevió a abrir la carta de un personaje tan autorizado?

JEFE DE CORREOS: — ¡Esa es la cuestión! ¡Que ni es autorizado ni personaje!

ALCALDE: — ¿Y qué es, en su opinión?

JEFE DE CORREOS: —Ni fu ni fa. ¡Vaya uno a saber quién diablos es!

ALCALDE {Iracundo.}:— ¿Cómo, ni fu ni f a? ¿Cómo se atreve a llamarlo ni fu ni f a y el diablo sabe quién? Yo lo arrestaré...

JEFE DE CORREOS: — ¿Quién? ¿Usted?

ALCALDE: — ¡Sí, yo!

JEFE DE CORREOS: — ¡Lo veo difícil!

ALCALDE: — ¿Sabe que él se casa con mi hija, que yo mismo ingresaré en la nobleza, que podré mandarlo a usted a la propia Siberia?

JEFE DE CORREOS: — ¡Ah, Antón Antónovich! ¡Olvídese de Siberia! Eso está muy lejos. Más vale que yo les lea la carta. ¿Me permiten que se la lea, señores?

TODOS: — ¡Léala, léala!

JEFE DE CORREOS {Leyendo.}: —"Me apresuro a contarte, mi querido Triapichkin, las cosas raras que me han pasado. Por el camino, me dejó sin un centavo un capitán de infantería, a tal punto que el posadero me quería mandar ya a la cárcel; pero de pronto, a causa de mi fisonomía petersburguesa y mi ropa, todo el pueblo me tomó por un general en jefe. Y ahora vivo en casa del alcalde, disfruto en grande y galanteo furiosamente a su mujer y a su hija: sólo que no he decidido aún por cuál debo empezar...; creo que empezaré por la mamá, ya que parece pronta a prestarle a uno todos los servicios. ¿Recuerdas las miserias que pasamos contigo, comiendo un día sí y otro no, y cómo en cierta ocasión el dueño de una confitería me aferró del cuello, a causa de las masas que me había comido con los bolsillos vacíos? Ahora las cosas se presentan muy distintas. Todos me prestan dinero, todo el dinero que quiero. Son gente muy pintoresca; te morirías de risa si los vieras. Tú, ya lo sé, escribes para los diarios: mete a esos individuos en tus artículos. En primer lugar: el, alcalde es estúpido como un pavo cebado..."

ALCALDE: — ¡No puede ser! Ahí no dice eso.

JEFE DE CORREOS (Le muestra la carta.): —Léalo usted mismo.

ALCALDE (Leyendo.): —"Como un pavo cebado". ¡No puede ser! Eso lo escribió usted mismo.

JEFE DE CORREOS: — ¿Cómo iba a escribirlo yo?

ARTEMIO FILÍPOVICH: — ¡Lea!

LUKÁ LÚKICH — ¡Lea!

JEFE DE CORREOS (Sigue leyendo.): —"El alcalde es estúpido como un pavo cebado..."

ALCALDE: —¡Oh, qué diablos! ¿Hay necesidad de que lo repita?
¡Como si eso no estuviera escrito ahí, de todos modos!

JEFE DE CORREOS (Sigue leyendo.): —Hum..., hum..., hum... "Como un pavo cebado. El jefe de Correos es también un buen hombre..."
(Deja de leer.) Bueno, aquí también se expresa en forma indecorosa sobre mí.

ALCALDE: —¡No, léalo!

JEFE DE CORREOS:—Pero... ¿para qué?

ALCALDE: —¡No, qué diablos! ¡Ya que lee, léalo todo! ¡Léalo todo!

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Permítame, lo leeré yo. (Se pone los lentes y lee.) "El jefe de Correos es idéntico a nuestro ordenanza Nijeev. Debe ser un bribón y borracho perdido."

JEFE DE CORREOS (A los espectadores.): — ¡Bueno, es un chiquillo malcriado que sólo se merece una azotaina!

ARTEMIO FILÍPOVICH (Sigue leyendo.):—"El director del hospital..."
(Se interrumpe.)

KOROBKIN: —¿Por qué no sigue?

ARTEMIO FILÍPOVICH: —La letra es poco clara... y por lo demás, se ve que es un miserable.

KOROBKIN: —¡Démela a mí! Creo que tengo mejor vista. (Toma la carta.)

ARTEMIO FILÍPOVICH (Resistiéndose a entregársela.):
—No, podemos prescindir de ese pasaje. Lo que sigue se entiende.

KOROBKIN:—Permítame, ya lo veré.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Yo mismo puedo leerlo: más adelante, de veras, todo está muy legible.

JEFE DE CORREOS: —¡No, léanlo todo, ya que se ha leído todo hasta ahora!

TODOS: —Déle la carta, Artemio Filípoovich, déle la carta. (A KOROBKIN.) Lea.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Inmediatamente. (Le da la carta a KOROBKIN.) Pero, permítame... (Tapa un pasaje con el dedo.) Lea desde aquí. (Todos lo acosan)

JEFE DE CORREOS: — ¡Lea, lea! ¡Tonterías! ¡Léalo todo!

KOROBKIN (Leyendo.): —"El director del hospital, Zemlianika, es un perfecto cerdo con birrete."

ARTEMIO FILÍPOVICH (A los espectadores.): — ¡Ni siquiera es ingenioso! ¡Un cerdo con birrete! ¿Dónde se han visto cerdos con birrete?

KOROBKIN (Sigue leyendo.): —"El supervisor de escuelas huele a cebolla que da miedo."

LUKÁ LUKICH (A los espectadores.): — ¡Nunca he probado una cebolla, por Dios lo juro!

AMOS FÉDOROVICH (Aparte.): — ¡Gracias a Dios, por lo menos no habla de mí!

KOROBKIN (Leyendo.): —"El juez. . ."

AMOS FÉDOROVICH: —¡Santo Dios! (En voz alta.) Señores, esta carta me parece larga. ¡Y no vale la pena leer semejante bazofia!

LUKÁ LÚKICH: —¡No!

JEFE DE CORREOS: — ¡No, léala!

ARTEMIO FILÍPOVICH: —¡No, que la lea!

KOROBKIN (Continúa.): —"El juez Liapkin-Tiapkin, salta a la vista, es un movetón..." (Se interrumpe.) Debe ser una palabra francesa.

AMOS FÉDOROVICH: —¡Quién sabe qué demonios significa! Y menos mal si significa solamente bribón, pero quizá sea algo peor todavía.

KOROBKIN (Sigue leyendo.): —"Pero, por lo demás, la gente es aquí hospitalaria y de buen corazón. Adiós, querido Triapichkin. Yo mismo, siguiendo tu ejemplo, quiero ocuparme de literatura. Aburre vivir así, hermano, uno ansia finalmente alimentos para el alma. Veo que, en realidad, hay que ocuparse de algo elevado. Escríbeme a la provincia de Sarátov, y de allí a la aldea Podkatílovka." (Invierte la carta y lee la dirección.) "Al distinguido caballero Iván Vasilievitch Triapichkin, San Petersburgo, calle Pochtámtskaia, en la casa que está bajo el número 97, al doblar el patio, en el tercer piso, a la derecha."

UNA DE LAS DAMAS: —¡Qué contratiempo extraordinario!

ALCALDE: —¡Me ha degollado, me ha degollado! ¡Estoy muerto, muerto, completamente muerto! No veo nada: sólo unas jetas de cerdos en lugar de caras y nada más... ¡Háganlo volver, háganlo volver! (Agita la mano.)

JEFE DE CORREOS: —¡Quién podría hacerlo volver! Yo, como ex profeso, ordené que le dieran la mejor troika; y el diablo me incitó a entregarle también una orden escrita para que le dieran los mejores relevos por el camino.

LA ESPOSA DE KOROBKIN: —¡Qué confusión nunca vista!

AMOS FÉDOROVICH: —¡Caramba, caballeros! Yo le di en préstamo trescientos rublos.

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Yo, otro tanto.

JEFE DE CORREOS (Suspirando.): —¡También yo le presté trescientos rublos!

BÓBCHINSKY: —Yo y Petr Ivánovich le dimos sesenta y cinco.

AMOS FÉDOROVICH (Desconcertado, con un gesto de perplejidad.): —Pero... ¿qué es esto, señores? ¿Cómo se explica que hayamos caído así en esta impostura?

ALCALDE (Golpeándose la frente.): —¿Cómo se explica que eso me haya pasado a mí..., a mí, viejo tonto? ¡Se ve que he perdido ya el seso! Hace treinta años que sirvo en la administración pública; nunca pudo estafarme un mercader o un proveedor; engañé a un pillo tras otro; burlé a bribones capaces de robar al mundo entero. ¡Me metí en el bolsillo a tres gobernadores! ¡Y qué gobernadores! (Hace un gesto de desaliento.) No hablemos de gobernadores...

ANA ANDREEVNA: —Pero eso no puede ser, Antosha... El se ha comprometido con Máshenka...

ALCALDE (Enfurecido.): —¿Comprometido? ¡Tres palmos de narices! ¡Y dale ella con su compromiso! (Frenético.) ¡Miren, miren todos, mire todo el mundo, toda la cristiandad, miren todos cómo han tomado por tonto al alcalde! ¡Vean cómo ha pasado por imbécil el

viejo bribón! (Se amenaza a sí mismo con el puño.) ¡Eh, narigón! ¡Confundiste a un títere con un hombre importante! ¡Ahí lo tienes, riendo con los cascabeles de su troika por el camino! Divulgará lo ocurrido por todo el mundo. No sólo seré un hazmerreír; ya aparecerá algún escriba, algún emborronador de papeles que me hará figurar en una comedia. ¡Eso es lo que más me duele! No respetará mi grado ni mi posición y todos mostrarán los dientes y batirán palmas. ¡Ya me parece verlos! ¿Por qué os reís? ¡Os reís de vosotros mismos! . . . ¡Ah, imbéciles! (Golpea el suelo con el pie, airado.) ¡Yo les daría a todos esos plumíferos! ¡Ah, escritorzuelos, ah, malditos liberales, simiente del diablo! ¡Yo los ataría a todos en un solo fardo, los haría polvo, los...! (Blande el puño y golpea el suelo con el pie. Después de una pausa.) Todavía no logro volver en mí. Así son las cosas: si Dios quiere castigarnos, empieza por quitarnos el Discernimiento. Vamos a ver... ¿Qué tenía de inspector ese monigote? ¡Nada, absolutamente nada! Ni un meñique de semejanza..., ¡y de pronto todos dale que te dale, el inspector, el inspector! Vamos a ver... ¿Quién fue el primero en decir que era inspector? ¡Contesten!

ARTEMIO FILÍPOVICH (Con gesto de perplejidad.):— ¡Que me maten si entiendo cómo sucedió eso! Se diría que me entró una niebla en la cabeza, que me enredó el demonio.

AMOS FÉDOROVICH: —Pues quien lanzó la noticia, aquí está: ¡Fueron estos caballeros! (Indica a DÓBCHINSKY y BÓBCHINSKY.)

BÓBCHINSKY: —¡Eh, eh! ¡Yo, no! Ni siquiera pensé...

DÓBCHINSKY: —Yo no hice nada, absolutamente nada...

ARTEMIO FILÍPOVICH: —Claro que fueron ustedes.

LUKÁ LÚKICH: —Claro. Vinieron corriendo de la posada como unos locos y gritando: "Vino, vive, y no paga. . ." ¡Vaya con el personaje que descubrieron!

ALCALDE: —¡Naturalmente que fueron ustedes, los chismosos del pueblo! ¡Malditos embusteros!

ARTEMIO FILÍPOVICH: — ¡Que se los lleve el diablo con su inspector y sus cuentos!

ALCALDE: — ¡Ustedes no hacen más que corretear por la ciudad, condenados charlatanes! ¡Siembran habladurías, estúpidos cuervos!

AMOS FÉDOROVICH: — ¡Malditos difamadores!

LUKÁ LÚKICH: — ¡Payasos!

ARTEMIO FILÍPOVICH: — ¡Intrigantes panzudos! (Todos rodean a

BÓBCHINSKY y DÓBCHINSKY BÓBCHINSKY: — ¡Les juro por Dios que no fui yo, fue Petr Ivánovich!

DÓBCHINSKY: — ¡Oh, no, Petr Ivánovich! Pero si fue usted el primero que...

BÓBCHINSKY: —No. no. El primero fue usted.

Última Escena

Dichos y el GENDARME.

GENDARME: —Un funcionario que acaba de llegar de San Petersburgo, con órdenes terminantes, exige que ustedes comparezcan inmediatamente ante él. Para en el hotel.
(Las palabras pronunciadas fulminan a todos como un rayo. De todos los labios femeninos surge un sonido de sorpresa: el grupo íntegro, después de haber cambiado repentinamente de postura, queda petrificado.)

Escena Muda

El ALCALDE está en el centro, como una columna, con las manos tendidas y abiertas y la cabeza echada hacia atrás. A la derecha, están su esposa y su hija, con todo el cuerpo tendido hacia él; detrás de ellas, el JEFE DE CORREOS, convertido en un signo de interrogación, dirigido hacia el público; detrás de él, LUKÁ LÚKICH, que se ha perdido en la forma más inocente del mundo; detrás de él, en el extremo mismo de la escena, tres de las damas visitantes están arrimadas la una a la otra con la más satírica de las expresiones en el rostro, aludiendo directamente a la familia del ALCALDE. A la izquierda del ALCALDE están: ZEMLIANIKA, con la cabeza un poco inclinada a un costado, como escuchando algo; detrás de él, el JUEZ, con las brazos muy separados, casi en cuclillas y con los labios contraídos en tal forma como si quisiera silbar o exclamar: "¡Ya nos llegó el Juicio Final!" Detrás de él está KOROBKIN, quien se dirige a los espectadores con el ojo entornado y aludiendo sardónicamente al ALCALDE; más atrás, en el extremo del escenario, DÓBCHINSKY y BÓBCHINSKY, con los brazos tendidos el uno hacia el otro, boquiabiertos y con los ojos fuera de las órbitas. Los demás visitantes, simplemente, han quedado reducidos a meras columnas. Durante cerca de medio minuto, el grupo petrificado se mantiene en esa actitud.

Baja el telón.